

Soy canalla²



Asociación de
Periodistas de Aragón

*Este libro no hubiese podido llegar a sus manos sin el patrocinio
de **Ibercaja** institución a la que la Asociación de Periodistas de Aragón
quiere expresar su agradecimiento*

Edita: Asociación de Periodistas de Aragón
Coordina: Isabel Poncela Laborda
Diseño de portada: Daniel García-Nieto
I.S.B.N. 978-84-87175-46-6
Depósito Legal: Z-3430/11
Imprime: ARPIrelieve, SA

Lejano parece en el tiempo (y lo está) ese mítico 2008 que lavó la cara a Zaragoza con una Expo que nos abrió de par en par las ventanas al mundo. La “canallesca” aragonesa, que en plena vorágine de colores de otros países intuía la crisis pero no la miraba de frente (por lo menos no aún) se echó a la calle para contarlo. Y lo contó como sabe hacerlo: bien. Muy bien.

A la vez, ese mismo año se editó un pequeño librito, que se llamó “Soy Canalla”, que pretendía dar rienda suelta a las ansias de “irrealidad” de una treintena de periodistas. Veintinueve historias alejadas de los pasillos de ayuntamientos y parlamentos, lejos de sucesos macabros, a años luz de proposiciones de ley y de cuentas de resultados. O por lo menos lejos en cuanto a veracidad se refiere.

Estos aguerridos obreros de la tecla, la cámara y el micrófono se apartaron por un rato de la obligación de relatar hechos y perfeccionaron un compendio de historias (cuentos, reflexiones, fábulas, miniensayos) con un único denominador común: estaban escritos por periodistas. Nada más.

En parte “gracias” a la crisis, largo embarazo ha sido el que ha terminado ahora con el parto de la segunda edición de aquel “Soy Canalla”, en el que otros compañeros (algunos repiten) dejan de lado su obligación y se pliegan a su pasión. ¡Dadme una pluma y moveré el mundo!

Muchos hablan de que somos escritores frustrados. Otros dicen que nos dedicamos a contar historias verídicas porque no tenemos imaginación suficiente para inventarlas. Algunos otros apuntarán a nuestro ego, a nuestro narcisismo, a nuestra necesidad de ser y aparentar... pero nada más lejos de la intención de ese periodista que llega a casa después de ocho horas escribiendo (o recopilando para escribir o locutar) y en lugar de apoltronarse ante la serie de culto de turno o de dedicarse a la cocina de autor coge de nuevo el boli y sueña otras historias.

Abominamos de la esclavitud de las teclas y aquí nos tienes. Escribiendo por vicio y no por oficio. Inventando datos cuando dos horas antes nos veíamos y nos los deseábamos para contrastarlos.

Amamos nuestra profesión, pero somos cuentistas (no osaremos decir escritores). Y contar es nuestra profesión, sí, pero también nuestra pasión.

En tus manos, pues, tienes veinticuatro historias y un dibujo que reflejan las heroicidades y las miserias que la cruda realidad nos impide dibujar y con la que nosotros también soñamos.

Ojalá estas historias te muevan, te conmuevan, te hagan reír o llorar. Te hagan pensar.

Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Ricardo Vázquez-Prada. “In memoriam”

Ricardo murió antes de poder ver publicado su relato en esta segunda edición del “Soy Canalla”. Tenía 68 años y una vida dedicada al periodismo, que ejerció en muchos medios, pero fundamentalmente en Heraldo de Aragón.

Decano, maestro, y sobre todo compañero, muchos de quienes comparten con él su pluma en este pequeño espacio le conocieron. Y todos han oído hablar de él. Por eso no es necesario dedicarle muchas palabras a hablar de su opción de vida. Una lo resumen: periodismo.

Escribió en Heraldo de Aragón más de 4.000 editoriales. Entrevistó a Salvador Dalí. Amaba los toros y fue crítico taurino durante treinta años. El Gobierno de Franco le impuso una multa de 150.000 pesetas por un artículo contra la censura cinematográfica. Y fue presidente de la Asociación de la Prensa de Aragón entre 1992 y 1996. Pinceladas de una vida que terminó el día de Nochebuena de 2010, dejando huérfana a una parte muy importante de esta profesión.

Es un orgullo para la APA poder contar con este relato inédito en este nuevo volumen del “Soy Canalla”. Siempre es un verdadero placer leerle.

Y allá donde esté, ojalá pueda contribuir a alejar los fantasmas de esta profesión tan pasional y tan canalla. ¡Suerte, maestro!


ÍNDICE DE AUTORES

<i>ESTHER ANIENTO</i> <i>VIVIENDO DEPRISA</i>	9
<i>YOLANDA ARBUÉS SALVADOR</i> <i>UN MAL PRESAGIO</i>	13
<i>VALERO BENAVENTE</i> 	17
<i>DANIEL BOROBA</i> <i>UN TESTIGO EXTRAÑO</i>	21
<i>JJ CHICÓN</i> <i>UN CUENTO (CHINO)</i>	25
<i>BLANCA ENFEDAQUE</i> <i>GAS DE LA RISA</i>	29
<i>ISABEL GONZÁLEZ</i> <i>PUNTOS DE VISTA</i>	31
<i>MARÍA JESÚS HERNANDO</i> <i>PURA IDA Y VUELTA</i>	37
<i>SYLVIA HERRERO</i> 	41
<i>MACU HERVÁS</i> <i>TRIBULACIONES DE UNA REPORTERA DICHARACHERA EN BRUSELAS</i>	43
<i>DAVID JASSO</i> <i>EL TELÉFONO</i>	49
<i>ESTHER LÓPEZ</i> <i>DE CORONAS Y CASTILLOS</i>	55
<i>HÉCTOR LUESMA</i> <i>LA EXCLUSIVA</i>	57
<i>JULIANA MURO</i> <i>EL CONGRESO</i>	63
<i>LUIS NEGRO MARCO</i> <i>LAS AVENTURAS DEL BRIGADISTA SVEJK</i>	69
<i>SARA PELLICER</i> <i>LA ESPERA</i>	75
<i>ISABEL PONCELA</i> <i>AMANTE CADÁVER</i>	81
<i>JAVIER ROMERO</i> <i>CORPUS CRISTO</i>	87
<i>LUCAS RUBIO</i> <i>FOTOS A LA VENTANA</i>	91
<i>PILAR SOPESÉNS</i> <i>UNA DE BOMBEROS</i>	97
<i>AMALIA SORO</i> <i>POR UNA PESETA</i>	101
<i>JAVIER VÁZQUEZ</i> <i>EL MISTERIO DE SANTA ENGRACIA</i>	105
<i>RICARDO VÁZQUEZ-PRADA</i> <i>EL CORREVEIDILE</i>	109
<i>BÁRBARA YÁÑEZ</i> <i>SUPERPODERES</i>	117



VIVIENDO DEPRISA

Esther Aniento



Apagué la radio violentamente. No había sido un buen día y escuchar el informativo nocturno de la emisora que me consumía una media de diez horas de energía diarias no parecía ser la mejor manera de comenzar una buena noche. Desvié la vista de la carretera mientras buscaba alguno de esos CD que solía escuchar antes de que la rutina informativa diaria absorbiera mi vida. Lo encontré. Y subí el volumen. Alto, muy alto. Como si el sonido atronador fuera la única cosa capaz de acallar mis machacantes pensamientos. Las 12 de la noche. Me encontraba a una hora de camino del lugar en el que había quedado a cenar dos horas antes. Nada importante. Sólo una cena con amigos; pero ellos ya estaban acostumbrados a que llegara a los postres. O incluso a que no llegara. Hubo unos años en los que mis amigos preguntaban sorprendidos cómo era posible que nunca pudiera decir, al menos de forma aproximada, a qué hora iba a salir de trabajar. Yo intentaba explicarles que el día en el que creía que todo podía estar listo a la hora prevista, coincidía siempre con algún hecho noticioso de última hora que se encargaba de mandar mis planes al garete. Aunque ahora hacía ya algún tiempo que habían dejado de preocuparse por mis horas de llegada. Ellos hacían sus planes y, si de vez en cuando yo podía unirme a alguno de ellos, lo aceptaban sin

demasiado entusiasmo. No les culpo. Todas las relaciones de amistad se resienten cuando espacias los planes casi tanto como las visitas al médico.

Los pensamientos se agolpaban en mi mente mientras me esforzaba por prestarle algo de atención a la carretera. Odio conducir de noche. Los faros de los coches emiten incómodos rayitos de luz que me deslumbran y las largas líneas blancas del asfalto se unen en la lejanía complicando la tarea de discernir a qué carril pertenece cada una.

Mis amigos no eran los únicos damnificados a los que mi profesión había hecho pasar a un segundo plano. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando volví a pensar en él y en lo lejos que se encontraba de mí. Todas las noches dormíamos algunas horas en la misma cama. No muchas. Tan sólo las que transcurrían entre mi tardía llegada a casa y su gran madrugón. Tardé bastante tiempo en descubrir las diferencias entre dormir al lado y dormir juntos y, cuando lo hice, él ya se había alejado demasiado. La rabia contenida me hizo pisar el acelerador un poco más. De repente, el destino se abalanzó sobre mí. Las luces de un coche venían de frente, demasiado de frente para ir por el carril de al lado. Pisé el freno con todas mis fuerzas. El chirrido de los neumáticos se clavó en mis oídos. El instinto me hizo dar un volantazo a la derecha. El coche chocó contra algo y después comenzó a girar sobre sí mismo. Después, todo se volvió negro y se hizo el silencio.

Desperté en la cama, aturdida. Desvié la vista hacia la derecha, el lado en el que él siempre dormía. Quería verlo allí, respirando profunda y acompasadamente. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Pero no estaba. Entorné los ojos un poco más intentando discernir mi habitación en la penumbra, queriendo encontrar alguna prueba que me confirmara que tan sólo había tenido una pesadilla. Sólo eso.

Mi esfuerzo se desvaneció cuando se abrió la puerta y un halo de luz inundó la estancia. Pero el que entró no era él. Y aquella no era mi habitación. Un hombre con cara de médico y bata muy limpia me hablaba.

Pero yo no podía escucharlo. La sangre golpeaba fuerte en mis sienes y el corazón quería salirse del pecho, como si mi subconsciente hubiera comprendido ya lo que había sucedido.

-Inés, has tenido suerte -oí como decía a lo lejos aquel hombre de voz condescendiente- a ti el cinturón te salvó la vida.

-¿A mí? ¿Cómo que a mí? ¿Y a quién si no? Iba sola en el coche... -dije mientras me esforzaba por recordar con una voz ronca que pareció salir de lo más profundo de mis entrañas.


-Sí. Los dos ibais solos. Pero el chico del otro coche murió en el acto.

Esboqué una sonrisa cínica. No entendía cómo era posible. Me había llevado una vida por delante y acababa de escuchar que había tenido suerte. Me invadió la angustia, la impotencia y el deseo imposible de poder retroceder en el tiempo. Fue entonces cuando comprendí dónde comenzó todo: aquel día en el que me subí en ese frenético tren de vida en el que viajaba a toda velocidad y del que me apeé en marcha justo antes de llegar a la última parada. Todo ocurrió muy deprisa, aunque ahora, desde esta silla de ruedas, mi vida transcurre de forma más lenta.



UN MAL PRESAGIO

Yolanda Arbués Salvador



La alarma del despertador me rescató una vez más del horrible sueño que cada noche me hacía revivir los momentos más oscuros de mi pasado reciente. Envuelta en sudor, me incorporé para acurrucarme de inmediato y tratar de recuperar la calma que el mundo onírico me había robado. La sensación de desasosiego que me invadía no hacía presagiar nada bueno. Era como si algo me impidiera afrontar una nueva jornada de trabajo, un nuevo día.

Cerré la puerta de casa y me dirigí en coche hasta el periódico. Tenía que recoger unas carpetas con información sobre el reportaje que mi jefe me había encargado: la supuesta falsificación de ropa de marca en unos viejos almacenes de las afueras de la ciudad. Nada excitante, la verdad, en comparación con los temas que había cubierto meses atrás.

Antes de llegar a mi destino, vino a mi memoria la llamada angustiada de la pasada noche. Aunque no había quedado con Blanca hasta el viernes, decidí hacerle una visita para ver cómo se encontraba.

Nada más llegar al barrio, aparqué el coche para continuar la búsqueda a pie. Blanca me había facilitado una dirección distinta y las nuevas urbani-

zaciones me parecían todas iguales. Entre un mar de chalés y adosados, una pequeña casa de dos plantas, cuyas paredes estaban pintadas de color crema, llamó mi atención. Me encaminé hacia ella y, sin pensarlo dos veces, toqué el timbre. Una voz femenina me invitó a entrar. Abrí la verja de hierro que daba paso a la vivienda y me dirigí hacia la puerta de entrada. Aunque el entorno era de lo más idílico, mi interior estaba más revolucionado que nunca.

- Señorita Ponte, la estábamos esperando –dijo una mujer de unos 58 años.

- Usted debe ser Carmen Corrales, la directora del Centro –pregunté expectante.

- Así es –contestó, sin apenas mirarme.

- Blanca la está esperando en aquella sala.

Blanca y yo éramos viejas conocidas. La vida había querido que nos encontráramos antes, en otro lugar. Yo había sido la redactora encargada de cubrir informativamente el juicio de Blanca por malos tratos. La crueldad del asunto y el contacto diario habían generado entre nosotras una corriente de empatía, que casi nos había convertido en confidentes y amigas. Tras fundirnos en un abrazo intenso, Blanca me condujo hasta un sofá próximo a la ventana desde donde se divisaba un pequeño pero coqueto jardín, repleto de flores y arbolado.

- Laura –me dijo– ahora más que nunca te necesito como persona y como profesional del periodismo. Quiero que la opinión pública conozca el calvario que estoy atravesando como víctima de la violencia de género. Sólo haciendo público mi caso y el miedo con el que vivo, podré evitar la sentencia de muerte que pende sobre mí.

- Sabes que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte pero, ¿qué está pasando? –pregunté desconcertada.

- Paco ha salido de prisión. Está en la calle, según dicen, por buena conducta. ¡Qué ironía!, ¿no te parece?

El silencio que invadía la estancia se truncó de inmediato con el llanto de Blanca.

- No lo entiendes... ¡ahora vendrá a por mí!

- Tranquila, eso no sucederá. No sabe dónde vives, estás en un centro tutelado para mujeres maltratadas y la policía y los jueces están de tu lado.

- El día del juicio, cuando por el descuido imperdonable de un funcionario nos cruzamos en el pasillo, juró venganza. Aseguró que me mataría, aunque fuera lo último que hiciera en esta vida. Y, no me cabe ninguna duda, lo hará.

En aquel momento, la serenidad de Blanca dio paso a un mar de lágrimas. Mientras, sus palabras retumbaban en mi cabeza y, por más que trataba de pensar con claridad, en mi mente sólo había confusión.

- Está bien –le dije–. Si quieres que haga pública tu historia, lo haré.

Sabía que era una afirmación muy comprometida porque mi relación con el redactor jefe no atravesaba por sus mejores momentos, pero la solidaridad que despertaba en mí la historia de Blanca estaba por encima de todo. De nuevo, nos fundimos en un abrazo interminable.

Era casi mediodía y la calle en la que había aparcado estaba totalmente desierta. Mientras me dirigía al coche, pensando en la excusa que iba a dar en el trabajo, las palabras de Blanca retumbaban cada vez más fuerte en mi cabeza. Ajena a todo, saqué las llaves y cuando me disponía a abrir la puerta, un frío estremecedor recorrió mi espalda. Ladeé la cabeza y entonces lo vi. Paco me había asestado una puñalada mortal, sin que yo pudiera defenderme.

- Ha sido fácil encontrar a Blanca. Gracias por enseñarme el camino –dijo con una mezcla de sorna y desprecio.

- Hijo de p..., –mascullé entre dientes, mientras me desvanecía en el suelo.

Fue en ese momento cuando los golpes, los llantos y los gritos que habían protagonizado mi infancia, y que ahora se reproducían a diario en mis sueños, volvieron a mi memoria con más nitidez que nunca. Desgraciadamente, para Blanca y para mí, ellos escribían la última página de nuestra historia.

Soy canalla por convicción, por vicio y porque nadie me inculcó otro mejor remedio para sobrevivir y, ... en resumidas cuentas, porque no sé hacer otra cosa.

No obstante, este oficio de ser canalla tiene algunas variantes; por ejemplo: canalla amateur y canalla profesional. Desterrada la idea de filosofar sobre aficionados me centraré en hablar sobre ese maravilloso pecado del que estamos absueltos de antemano los canallas profesionales y que es hablar de los demás con total impunidad. Es curioso, solemos acogernos a la bula del pecado aquellos, los canallas, que no tenemos dios ni convicción. Es la suerte de ser un auténtico profesional.

Los periodistas junto con escritores, cómicos, titiriteros, pintores y otros gremios de la farándula, tenemos ese meloso transitar allá por donde el resto de los mortales deben, por culpa nuestra, retratarse; ¡qué placer!

La arrogancia, la mirada torva y taimada nos preceden siempre unos metros. Solemos presentarnos impolutos de conciencia y carácter pero nos doblega un pitillo, una comida o el más liviano de los halagos.

Nos gusta ser políticos sin presentarnos a las elecciones, tan siquiera para presidente de la comunidad de vecinos, pero somos los que ponemos las piedras en los agujeros. Si hace falta, hacemos el agujero antes de colocar la piedra. No nos va a dejar mal un miserable agujero. Digo yo.

El canalla profesional, o sea, nosotros, tenemos ahora más pertrechos para ser lo que nos gusta ser. En las redacciones de periódicos, radios y televisiones abanderamos las más nobles ideas que de forma felona guisamos en el inframundo de Hares. Necesitamos la teoría del relativismo para mantener nuestro ego y nuestro alter ego y así demostrar que nuestras teorías y nuestras noticias son las idóneas.

Ser canalla es un estado anímico que se alimenta de las más variadas vitaminas entre las que se incluye el alcohol y el tabaco que, curiosamente, mata al resto de los mortales e incluso al resto de canallas, aficionados por supuesto. Para quien lea esto, y no sea un canalla, hay que explicar que para llegar a serlo hace falta entrega, dedicación y sobre todo perseverancia. Ya se sabe: más sabe una barra de bar que un facultativo. La pena es que la barra es muda y mugrienta y el facultativo te quita, con una immaculada prescripción, el alcohol y el tabaco. Siempre sospeché que lo hacen por pura envidia y revancha. Ellos no pueden ser canallas. Realmente, no les dejan porque seguro que les gusta; en el fondo son sado-viciosos que disfrutan haciendo sufrir al proletario a quien solo le quedan los pequeños vicios para huir hacia delante en esta miserable vida. La suya, no la nuestra.

Pero no nos desviemos de nuestro propósito. Ser alguien en el mundo de la canallesca, o sea, el mejor canalla, requiere, como decía, dedicación e ingenio. Ser quien eres sin que sepan qué eres. Dificil papeleta reservada a los mejores profesionales que día a día revalidan un título lejos de facultades y cátedras que lo avalen. Ser el mejor sin que nadie lo sepa. Esa es la máxima. El inconveniente de ser un gran canalla es que la vanidad nos supera siempre antes de llegar a la meta; una meta reservada a los elegidos. Y yo, creo, no estoy entre ellos.

Me gustaría ser un canalla para el Poder como fue Émile Zola y su “J'accuse”, pero no tengo fuerzas para ir a la cárcel. Me gustaría donar el dinero de la comida a la que soy invitado como JD. Me gusta criticar a la iglesia pero me gusta ir a las procesiones del Corpus (aquí tengo que decir que voy por motivos estrictamente profesionales). Me gusta que me inviten a los toros sin pagar entrada y si es posible al burladero. En fin, soy un canalla sin futuro y creo que engrosaré el catálogo de mandrines que encabeza don Pablos y no la de aquellos que, sin saber quienes son, mueven los hilos de este negocio.

Dicen que “sarna con gusto no pica” y así buscaré a Alonso Ramplón, con tal vehemencia, que incluso afilaré con gusto su hacha pensando que delante de mí otros irán para probar su canalla muerte para engrosar el club de calaveras del Gólgota.

Nunca conocí muchas virtudes, aunque sí, a precio de la constancia, los mejores pecados capitales (y ampliados). No me arrepiento. Faltaría a mis principios más básicos porque no es menos cierto que me cuesta gran esfuerzo alimentarlos con unos buenos canapés de cualquier invitación. En el disco duro o blando, ya no lo sé, de mi conciencia se amplía cada día la capacidad de los juicios de valor y de producir piedras, perdón, noticias para colocar en los agujeros, perdón, en los espacios del periódico, la radio o la televisión.

Pero soy un canalla con dignidad. Quiero que, cuando suenen las trompetas del juicio final (que será en play back porque los músicos son otros asalariados de la farándula), yo esté en esa interminable lista; si es posible el último de esa interminable lista por si acaso en el tránsito de tan sumaria ejecución hay un receso, un indulto o un cólico miserere de los verdugos que lleve a los empresarios del edén a hacer un ERE en la empresa del más allá y me dejan en el más acá.


Pero no desisto de ser el mejor canalla. Quizá sea un sueño. Quizá Fausto pagó un somero precio comparado con el que yo esté dispuesto

a pagar. Ser el mejor canalla supone tener la mejor sonrisa, el gesto más adecuado, tener las palabras adecuadas prestas a ser utilizadas en cualquier estrategia. Ser el mejor requiere algún sacrificio. Posiblemente, el mejor sacrificio sea la fama. Mejor dicho, no tener fama. Ser el mejor periodista, perdón, canalla, es no tener notoriedad mientras ésta se labra. Desde ahora quiero ser el mayor y mejor canalla. Desde ahora callo.



UN TESTIGO EXTRAÑO

Daniel Borobia



Una de las partes más duras de nuestro oficio son los sucesos. ¿Quién no recuerda de forma clara y con todo lujo de detalles el primer suceso en el que participó? Es algo que aunque tú no te des cuenta se mete muy dentro de ti y que te acompañara el resto de tu vida. Siempre he creído que en estos casos la forma en que lo perciben redactor y reportero gráfico es muy diferente. Mientras que el primero trata con la “vida”, el segundo se las ve con la “muerte”. No quiero decir que el redactor ignore a los muertos o a los heridos sino que, para realizar su trabajo, habla con bomberos, policías, médicos, testigos o familiares, la parte viva de la noticia. El reportero gráfico en cambio debe ocuparse de la sangre, las sabanas que cubren los cadáveres, los hierros retorcidos, el fuego o el agua enfurecida... en definitiva, se da de bruces con la muerte. La gente suele decir que los cámaras y fotógrafos cuentan con algo que les protege de estas imágenes, que las cámaras les escudan frente al sufrimiento y la desgracia ajenas. Esto es, en parte, verdad, pero siento decir que el escudo tiene una grieta. Por este pequeño espacio, llamado visor, se cuelan las lágrimas, los gritos, la tensión, la realidad...y se va almacenando en el fondo del cerebro junto a encuadres, mediciones

de luz, enfoques y golpes de flash. Poco a poco forma una bola que, más tarde, cuando se editan las imágenes o se montan los videos, comienza a deshacerse y nos empapa por completo haciendo que todo lo contemplado forme parte de nosotros. Por eso un día de repente recuerdas a esos dos niños ahogados en un pequeño río de Girona y sientes el calor de una tarde de junio, el frío de sus cuerpos, los picotazos de los mosquitos, el rugido de los aviones pasando sobre tu cabeza, la tristeza de la familia, la impotencia de los bomberos y los policías, la despreciable presencia de los medios que solo ves en noticias de este tipo y que buscan la imagen de lágrimas y gritos que tanto vende, o al compañero que deja de hacer fotos al paso de la familia y en cuya cara ves la incomodidad de sentirse testigo extraño del dolor de otros. Creo que esa es la parte más difícil de asimilar. Tienes que lidiar con el hecho de que, muchas veces, tu trabajo consiste en presenciar el sufrimiento de otros y caminar por una fina línea. Por un lado, no puedes permitir que lo que ves te afecte en tu vida diaria o no podrías soportarlo y, por otro lado, tampoco puedes permitir que no te afecte absolutamente nada porque ahí viene el peligro de mostrar demasiado y caer en el morbo barato, cada vez más habitual en nuestros medios. Debes aprender a asimilarlo y eso cambia tu visión del mundo. El horror (tal como susurraba Marlon Brando en la penumbra de una selva vietnamita) cautiva y hace aflorar extraños sentimientos que pueden ser desconcertantes. Estos sentimientos contradictorios podrían resumirse en algo que me dijo un fotógrafo en Cap Roig sobre los incendios:

- “Cuando entras en el bosque, la adrenalina te sube al máximo. Solo quieres hacer fotos, corres, disparas, buscas el fuego, retrocedes, vuelves a hacer fotos y así hasta que agotado te vas a casa y piensas en la cantidad de hectáreas que se han calcinado. Yo no quiero que haya incendios, los odio y preferiría que estos montes estuvieran verdes. Pero de repente te llaman y, en el fondo, no puedes evitar que algo dentro de ti se active y te alegres. El subidón de adrenalina es tan fuerte que algunos compañeros tienen pequeñas depresiones

después de la temporada de incendios porque el cuerpo echa en falta ese subidón constante.”

Soy fotógrafo y me siento orgulloso de serlo pero, en las ocasiones en que he conseguido fotografiar la realidad y a la vez guardar el respeto que víctima y familia merecen, me he sentido además orgulloso de mí mismo. Y eso es lo importante.



UN CUENTO (CHINO)

JJ Chicón

JK-LM no era un tipo raro. (Aunque sus amigos de Praga lo llamasen Joseph K.) Se había casado una vez y separado como cuatro o cinco. Estaba de vuelta de algunas cosas porque, para eso, antes, había ido. Por el mundo, por la vida, por las vidas y los sentimientos ajenos, por el océano subyugador de las mujeres. Hasta por su propia profesión de periodista, en viajes de ida y vuelta. Aunque, al final, JK (LM), se había convertido en eremita. No por culpa de un ERE maldito. Lo suyo fue que valía más pagarle menos. Mandar a la calle a quienes costaban demasiada Seguridad Social.

Mientras decidía qué hacer con su vida, se sentía un poco ermitaño, a punto de doblar el ecuador que de los cuarenta le llevaría hacia los cincuenta: solitario y en soledad sin desolación, con la compañía del sol y de las lunas que se asomaban desde el parque hasta los balcones de su apartamento volcado sobre un pedazo de naturaleza sosegada. Que hasta entraban a comer y cenar en su compañía. Pero ese disfrutar panteísta no lo era todo. Nunca lo fue todo. Estaba la amistad, el cariño, la intimidad, el sexo, hasta la pareja incluso. Aunque, a estas alturas de la película, JK (LM) no se hacía demasiadas ilusiones. Por más que fuera capaz de

ilusionarse todavía. De vez en cuando al menos. Y así acabó volcándose poco a poco sobre un tiempo propio que crecientemente hacía más suyo. ¿Para qué perderlo con los amigos escuchando siempre batallitas sobre el sexo, cuando –dime de qué presumes y te diré de lo que careces– desde los tiempos de su juventud sabía que los más bocazas eran los que menos se comían una rosca? ¿Por qué ser tan descortés y tan fantasma? JK (LM) nunca desveló esas intimidades, supuestas o reales.

Dejó de acudir a las rutinarias citas con los amigotes. Y poco a poco –sol, lunas, naturaleza, más canal 18, más vuelta a la juventud practicante– se sintió como si le hubiesen alcanzado los tres votos: Obediencia, porque él era el Padre Superior, que decidía de manera total sobre compras, economía, libros, discos, zapeo, ordenador y todo lo que le convertía en el Ejecutivo Supremo (quizás hasta Presidente-Director General según los franceses) de su propio territorio. Pobreza, porque además de ser el Padre Superior era también el Hermano Portero: el que se ocupaba, diariamente, de tenerlo todo barrido, fregado, ¿espolvoreado? (¿o se dice sin una mota de polvo?). Ese era el problema. Por ahí, por ahí: ¿Castidad para qué? ¿Para morir de hambre?

JK (LM), que ahora se había convertido a la etología –tras ver de nuevo en DVD los programas de Rodríguez de la Fuente– había sumado su experiencia personal a la teoría de la territorialidad de los individuos: animales, que los vegetales van por otro lado. Se llevaba bien con su mujer (ex). Y también con otras compañeras de algunos trayectos –respectivos– de su(s) vida(s). Pero, a lo largo de todas esas vivencias, algo acabó quintaesenciándose. Que no había que confundir techo y lecho. En eso estaba. Y también faltó de trabajo. Aunque hacía alguna salida canalla para tomar copas en los bares de su barrio, fue un rastreo diurno el que cambió su vida. Con lo difícil que resulta hablar con un chino, pegar la hebra y llegar a tener confianza con él, el milagro de los mil trescientos millones se produjo un día del mes del buey o del perro o del búfalo - o de la vaca, que llegado el momento podría empezar a ordeñar. El caso es que –algún antepasado de este chino amistoso debió de ser

indio, porque se notaba algo diferente en su manera de llevar el bazar— lo siguió viendo más veces y un buen día surgió la propuesta: “Escríbeme una crónica semanal de lo que pasa en Europa. Yo te la publico en 1.000 periódicos. Y aunque sólo les cobraremos diez céntimos de euro, tú vas a ganar 100 euros semanales, 400 euros al mes”. JK (LM) había visto en un Informe Semanal, o una cosa así, que en los Polígonos Industriales de Madrid, a los miles de productos que llegaban en contenedores para sus grandes almacenes, solo les cargaban unos céntimos de beneficio. Y que así funcionaban: multiplicando céntimos por miles de unidades. Nunca supo lo que se llevaba su amigo de beneficio, ni quién le leía en China, ni si la traducción era fiel. Sí supo que JK lo transcribirían como YaKi, porque les iba a sonar a algo. (De LM, nada, que en la parte no capitalista de China —que era la de este negocio a dos— había tabaco comunista: así que prohibida la nicotina imperialista por lo que pudiera pasar). Bien: a partir de ese momento, JK (Joseph K. para sus amigos checos), comenzó una inmersión informativa que pudieran servirle para las cuatro crónicas de los 400 euros mensuales. Había quedado claro que esas crónicas eran “desde Europa” (porque para los chinos existía Europa, más que país por país o capital por capital: por tanto, ¿qué más daba que se hicieran desde Zaragoza, decía el chino del bazar cesaraugustano?) Además, JK (LM) también había leído a JL. Servan-Schreiber, director de L’Express, ironizando, años atrás, sobre las coberturas nacionales o continentales. Destapaba la trastienda con humor: “crónica de nuestro corresponsal desde la barra del Hilton”. Así fue como (siguiendo ese ejemplo, versión eremita y con tecnología de hoy), JK (LM) se convirtió en un adicto —24horas de Euronews, sobre todo porque en ello le iba el pan de sus hijos —que no tenía—. La última huelga en Lituania, los pescadores rumanos del Delta del Danubio y hasta los resultados electorales de Renania Palatinado, temas muy diversos y cambiantes empezaron a ocuparle y ya no volvió a soñar con la Franja, ni el Canfranc, ni la Diócesis de Lérida. Cuando estaba viendo algo que le interesaba, no cogía el teléfono, ni abría la puerta. Y terminó pidiendo a todo el mundo que le mandasen un sms, que no le interrumpieran, que ya les llamaría él cuando se quedase libre. Esa decisión también acabó incluyendo a Angélica, sentimental vecina

del mismo rellano, quien nunca confundió lecho con techo, que ya ni se atrevía a llamar a su puerta y a la que cada día le apetecía menos meterse en su cama... Hasta que un día JK (LM) recibió un sms: “no trabajas como un xino stoy con paco n honolulu t akuerdas d el...?”



GAS DE LA RISA

Blanca Enfedaque

Se acerca al parque. Se esconde entre unos setos y espía a un grupo de jubilados que hacen taichi con su monitor enfundado en un kimono negro. Copia sus movimientos y se marea un poco porque les tiene que mirar por el rabillo del ojo. Disimula. ¡Que no se note que les está copiando a hurtadillas para no pagar la cuota del curso!

Son las 14.30 de la tarde. Acaban de comenzar sus dos horas de tregua, de vida dosificada con cuentagotas. A las 16.30 de vuelta a la redacción.

El despertador sonó mucho antes de que pusieran las calles y, desde entonces, el día ha sido un frenesí. Ingredientes: tres ruedas de prensa, sazonadas con cinco llamadas para intentar concertar una entrevista con un artista de moda que pinta cuadros con pinceles de pelo de ardilla y pasadas por el fuego lento de una bronca del jefe.

Ese hombre le revienta.

Parece mentira que hayan pasado tantos años desde que se calzó la toga y peleó por un título de Periodista. Demasiado tiempo desde que le

hicieron pensar que podría llegar a ser corresponsal en Madagascar y que le iban a dar el Pulitzer por descubrir el desfalco de los sonajeros de oro regalados a los nietos del Rey.

Muy lejos de los viajes de Kapuscinsky y de las fuentes que fuman en la sombra de un aparcamiento y soplan información de primera mano.

Pero aquí está.

Disfrutando de su sexta beca consecutiva.

Envidiando a los que se quejan de ser mileuristas y pensando en tirar la toalla.

Fantaseando con dejarlo todo y montarse un bar en el que sólo se sirva helio y gas de la risa. Un plan de negocio perfecto.

Sueña y, mientras tanto, no se deprime. Por suerte, cuenta con una tarjeta de bus mágica que nunca se gasta, una abuela que cocina de perlas y le invita a comer siempre que quiere y cuatro colegas con los que comparte piso por razones económicamente obvias.

Ha aprendido a colarse en los conciertos caminando hacia atrás y a decir siempre que sí a las azafatas que ofrecen muestras gratis en el súper. Y, por supuesto, roba wifi a su vecina, rollos de papel en el baño de la biblioteca y ya tiene el secreto para no gastar un duro en medicinas saqueando el botiquín del trabajo.

No es canalla por gusto. Es canalla porque el Periodismo le ha hecho así.



PUNTOS DE VISTA

Isabel González

POR LA MAÑANA, IGNACIO

“Un café solo, largo y sin azúcar. Para llevar, por favor”. Cuando Ignacio cerró el grifo y, secándose las manos, levantó la vista hacia la voz más sensual que había escuchado nunca, pensó que la nueva clienta superaba con creces a todas las parroquianas que habitualmente poblaban su establecimiento. Y eso que las empresas que ocupaban los pisos superiores del edificio en el que se encontraba eran una fuente inagotable de ejecutivas deslumbrantes.

Desde detrás de la barra, sólo pudo apreciar que ella era alta. Ignacio la observaba desde su metro ochenta y los ojos de ambos quedaban casi a la altura. Bajo una leve blusa de seda satén, sus opulentos pechos constituían una auténtica provocación incluso a aquella temprana hora de la mañana. El pelo, largo, rizado y con unas precisas mechaz rubias que jugaban con la leve luz de la mañana, caía en suaves ondas por encima de sus hombros.

Desde luego, su aspecto no correspondía con el pedido: “Un café solo, largo y sin azúcar. Para llevar, por favor”, –volvió a repetir la musa. Igna-

cio no estaba acostumbrado a que los bellezones que llenaban su garito pidieran café solo, largo y sin azúcar a las siete de la mañana. A partir de las ocho, bueno. Muchos cafés con leche y, a pesar de sus estilizados cuerpos, abundante azúcar. Lástima no poder observar la parte inferior de su cuerpo. Sin embargo, no se ahorraría una miradita cuando ella se alejara hacia la puerta.

- Café solo, largo y sin azúcar. Para llevar. 1,40.

- Muchas gracias. Hasta mañana.

La diosa de las curvas se alejaba hacia la puerta sujetando un bolso enorme bajo su axila e inconsciente del efecto que estaba causando en los pocos hombres que en ese momento desayunaban en el bar. Unas caderas rubicundas y sensuales se movían sobre las largas piernas enfundadas en unos pantalones pitillo. No tuvo tiempo de ver si llevaba zapatos de tacón mientras trataba de contener el golpe que acababa de recibir en la parte inferior de su cuerpo.

¡Cualquiera lo diría; No era el tipo de mujer por el que normalmente se sentía atraído. A pesar de su altura, Ignacio era un tío normal. Un poco ancho de espaldas, con unos incipientes músculos que había desarrollado a costa de cargar y descargar cajas y cajas de bebidas, en él destacaba su mirada franca. Sus ojos, pequeños y enjutos, parecían sin embargo querer esconderse bajo unas cejas no demasiado pobladas y de un color castaño que empezaba a virar al blanco. La frente, despejada y ancha, se contraponía a la perilla, perfectamente recortada y –ésta si– totalmente cana.

Por lo general, Ignacio se fijaba siempre en mujeres esqueléticas, con las que no emparejaba demasiado mal, aunque hacía tanto tiempo que no salía con nadie que ya tampoco sabía muy bien el tipo de hembra por el que se sentía atraído. Manuela, con quien incluso llegó a compartir su piso, respondía a ese estereotipo de mujer tan en boga en los últimos años: tipo Zara, talla 38.

Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Más del que Ignacio hubiera querido. El trabajo en el bar lo tenía literalmente atrapado. Sus amigos también hacía tiempo que se habían cansado de esperar a que terminara sus largas jornadas de trabajo y su rutina se habían convertido en una condena. No obstante, era la primera vez que se encontraba realmente contento con el trabajo que desarrollaba.

“La Mandrágora” había nacido de una noche de insomnio, hastiado de su profesión de periodista. ¿Dónde podría rentabilizar esa versatilidad que te proporcionan innumerables horas de trabajo, don de gentes, mucho estrés y escaso reconocimiento? El trabajo en el bar era muy parecido al que ejercía como periodista: abundantes contactos, poca profundidad en los encuentros, muchas relaciones públicas y horarios más o menos flexibles. Además, se había acostumbrado a escuchar. Los largos años de ejercicio profesional le habían convertido en una persona observadora que, más que hablar, se detenía en el discurso de sus interlocutores, tratando de analizar lo que escondía esa primera imagen que todos nos esforzamos en mostrar.

Salvo por su ex cuñado, el ex marido de su hermana, también periodista, que “en recuerdo de los viejos tiempos” se había alojado en el altillo del bar y había vivido, comido, dormido... allí durante los últimos ocho meses, Ignacio no conseguía mantener vivas sus relaciones demasiado tiempo. Ya le había ocurrido en su anterior etapa en el periódico. Y ahora, aún cuando su vida discurría por los senderos que él había escogido, continuaba la misma tónica. Lo cierto era que los horarios que regían su existencia eran bastante distintos a los del común de los mortales. Trasnocaba mucho, ma-drugaba poco y no tenía demasiado tiempo libre durante el fin de semana. Ahora que el bar empezaba a funcionar mejor y había podido contratar un ayudante, además de la cocinera, se podía permitir pequeñas escapadas de lunes a viernes pero nunca sábado y domingo. Era precisamente con el final de la semana cuando su clientela cambiaba radicalmente. Los ejecutivos, trabajadores y funcionarios que desayunaban y comían los días de labor, cedían el paso a parejas de mediana edad y grupos de jóvenes

cuarentones que cenaban y tomaban copas envueltos en la suave música celta que flotaba en el ambiente. Desde aquel verano que había pasado en Irlanda, se había hecho un adicto a las leyendas, la historia, la música de aquellos antepasados que recorrieron las tierras del norte. The Corrs, The Cramberries, Old Folk eran sus preferidos. Pero también atendía los gustos de sus clientes y su discoteca se iba enriqueciendo con las aportaciones que hacían sus parroquianos del fin de semana. Más bien esas parroquianas con las que a veces terminaba su jornada de trabajo. Alguna ventaja tenía que tener disponer de tan amplio abanico. Tipo Zara, talla 38, con un poco de suerte alguna de Purificación García y, sobre todo, pijas de mediana edad y buena familia que trataban de quemar los últimos cartuchos en un intento por encontrar alguien que “esté a mi altura”.

Ese fin de semana, sin embargo, no había tenido demasiado éxito. Mucho trabajo y poco tiempo para alternar entre copa y copa. No tendría que haber abierto el bar pero su nuevo ayudante, que presumía de músculos sin importarle las todavía cambiantes temperaturas del mes de abril, había sucumbido a la gripe y “literalmente, me muero”, había dicho esa mañana por teléfono.

En este mismo instante, Ignacio trataba de luchar contra el sueño, el cansancio acumulado y, ¿por qué no decirlo?, la mala leche que había hecho cuando a las seis de la mañana había sonado su teléfono móvil. José Luis, por supuesto, dormitaba en el altillo del bar cuando llegó y había resultado inmune a todos sus esfuerzos por sacarlo de la cama para que le ayudara a recoger los restos del día anterior y preparar el bar para los primeros clientes.

Precisamente, y aunque no era lo habitual a esa hora del día, un lunes somnoliento y perezoso, sonaba en el compacto Dreams, el último album de The Corrs. Mientras Ignacio ponía los cafés tarareaba por lo bajini la letra de Breathless. Sin respiración. Había elegido ese disco porque se sentía incapaz de soportar la música marchosa que ofrecía a sus clientes durante las primeras horas de la mañana. Pero Breathless había resultado

ser toda una premonición. Sin respiración. Así es cómo se había quedado él mientras la musa se alejaba.

“And if there’s no tomorrow and all we have is here and now I’m happy just to have you. You’re all the love I need somehow. It’s like a dream. Although I’m not asleep. And I never want to wake up. Don’t lose it, don’t leave it. The slightest touch and I feel weak. I cannot lie, from you I cannot hide. And I’m losing the will to try. Can’t hide it, can’t fight it”.

“Si no hay un mañana y todo lo que tenemos es el aquí y el ahora, estoy feliz sólo con tenerte. De alguna manera, eres todo el amor que necesito. Es como un sueño. Aunque no estoy dormido. Y nunca quiero despertar. No lo pierdas. No lo dejes... El toque más ligero y me siento débil. No puedo mentir. No puedo esconderme de ti. Estoy perdiendo las ganas de intentarlo. No lo puedo esconder. No puedo luchar contra ello”.

Detrás de la barra, Ignacio murmuraba sílabas y notas mientras sus ojos seguían atrapados en la espalda que se alejaba.

POR LA MAÑANA, OLIMPIA

A esa temprana hora de la mañana, Olimpia iba ya con la lengua fuera. El despertador no había sonado cuando hubiera debido. Después de todo un fin de semana de descanso, lleno de libros y música, su cuerpo parecía querer resistirse a iniciar una nueva semana laboral.

Un pequeño atasco después y tres vueltas alrededor de la manzana para encontrar un sitio donde aparcar, ¡a las ocho de la mañana!, Olimpia decidió que era un momento tan bueno como cualquier otro para hacerse con un café de esos que sus compañeros tanto le recomendaban.

La Mandrágora hacía ya unos meses que se había inaugurado pero, fiel a su idea de que hacer un descanso en el bar de abajo es tanto como fumarse un cigarro de prisa y a escondidas, hasta el momento se había resistido a entrar.

Con un ligero temor a un posible encontronazo con alguno de sus compañeros de bufete que le adelantara la cruda realidad de la semana, Olimpia entró en el garito. Sólo tres o cuatro clientes remoloneaban en torno a la barra con las tazas humeantes descansando frente a ellos. Ninguno, ni siquiera el camarero, pareció darse cuenta de su presencia.

Olimpia, acostumbrada a la admiración que causaba entre el sexo opuesto e incluso a su continuo asedio, agradeció por una vez no ser el centro de atención. Eso, unido a la suave música del último disco de The Corrs –cuyas notas reconoció nada más entrar en el bar– le movieron a pensar que quizá sus compañeros tenían razón y La Mandrágora era un sitio que podría frecuentar.

“Un café solo, largo y sin azúcar. Para llevar, por favor”. Olimpia esperó mientras el camarero, alto y ancho de espaldas (según había podido comprobar sólo unos instantes antes), cerró el grifo y, secándose las manos, se dirigió hacia la máquina del café. Olimpia fue muy consciente de la mirada aterciopelada que él le dirigió.

Aunque ella prefería los hombres barbilampiños, la cuidada perilla canosa del camarero le resultó de lo más atractiva. Los ojos, escondidos bajo unas cejas inteligentes y de un azul polar, miraban acariciando, cálidamente. Bajo el influjo de los Corrs se sintió transportada a otros lugares y otros tiempos.

- Café solo, largo y sin azúcar. Para llevar. 1,40.

Había roto el hechizo. Sujetando el bolso bajo el brazo, cogió el café y, consciente de haber capturado la mirada del camarero, se dirigió hacia la puerta en perfecto equilibrio sobre los Mascaró que había estrenado esa misma mañana y que se adaptaban a sus pies como un guante. En el aire flotaba Breathless.

Mañana tomaría otro café.



PURA IDA Y VUELTA

María Jesús Hernando

La mujer alargó su estilizada mano izquierda y arrastró con fuerza el asa de su carrito-maleta hacia el interior de la estación de autobuses. No pesaba mucho porque sólo llevaba en él lo esencial para pasar un fin de semana lejos del mundanal ruido.

Lo único imprescindible, el kit de aseo, ocupaba más de la mitad del espacio porque fuera donde fuera necesitaba tener siempre a su alcance hasta los más mínimos detalles de su cuarto de baño: no podía pasar sin cepillarse los dientes a reglamento, después de cada comida, y pasarse con esmero el cepillo por su pelo corto, al terminar la jornada. Eran dos rituales que se completaban con el baño intensivo de la mañana al que se seguía el masaje integral, de pies a cabeza, con todo tipo de cremas: la hidratante, la reafirmante, la rejuvenecedora y la de la elasticidad. De una en una o combinadas para potenciar sus efectos. Además, no podía salir de casa sin haberse vestido con rompa limpia –no importaba si deportiva o de mucho vestir– y a ser posible conjuntada en tonos que tuvieran cierto contraste entre sí.

Antes de salir para la estación había cumplido uno a uno sus rituales matutinos y ahora, sentada ya en el autobús, se sentía pre-

parada para apechugar con lo que se le pusiera por delante. Su vida se regía por una añeja idea inamovible: “No importa el qué, sino el cómo y si hay un modelo, no hay que pensar, solo seguirlo y a otra cosa mariposa”.

Pulcra como una patena, ni se le pasó por la cabeza que el “viaje al pueblo para pasar un relajante fin de semana” podría tener complicaciones. Ante la ventanilla de billetes se sentía fuera de lugar, hacía más de 20 años que no viajaba en autobús y, casi cohibida, pidió:

- Quiero un billete en los primeros asientos y de no fumadores, cerca de la ventanilla porque me mareo, ¿sabe?

- No se preocupe, señora –respondió con amabilidad la empleada–, ahora ya nadie fuma en los autobuses, está prohibido y usted irá estupidamente en nuestros vehículos. Tienen todas las garantías de seguridad y además son comodísimos. Seguro que no se mareará.

Contrariada por el comentario, Pura recogió el billete con mucho aire y, aunque tenía ganas de seguir replicando, calló y siguió tirando del carrito hasta el portaequipajes.

- Ha sido una equivocación hacer el viaje en autobús como la chusma... No tenía otro remedio, pero va a ser un incordio. ¿Cómo le gustará a la gente ir así, encontrándote con personas impertinentes que te dicen lo que vas a hacer y sentir? En fin... Cuando llegue al pueblo, al menos podré estar a mis anchas. Entre el cielo y la tierra. ¡Qué maravilla!

Subió los escalones, erguida, buscó el número que le habían asignado y, nada más posar su cuerpo de jilguero anoréxico sobre el asiento, se colocó sobre la nariz las gafas que le colgaban del cordón sujeto al cuello. Sacó del bolso una gruesa revista con ilustraciones pequeñas y se sumergió en su mundo.

- Señores pasajeros, el autobús con destino a Aldeas de Preñoso efectuará su salida dentro de seis minutos. Les rogamos ocupen sus asientos lo antes posible.

Era el tercer aviso que hacían los empleados de la estación pero todavía quedaban muchos por subir.

- Parece que la gente está sorda, a este paso no arrancaremos nunca y se nos hará de noche antes de llegar al pueblo.

Justo en ese momento, un hombre bastante joven, con el pelo recogido en rastas, un discreto piercing en la oreja y unos vaqueros pasados de moda, que necesitaban un buen prelavado antes de entrar en el programa largo de la lavadora, se sentó al lado de Pura.

- Buenas tardes.

- Buenas tardes, joven –contestó ella con acento neutro y distante.

El autobús arrancó y no hubo más intercambio de palabras. La mujer miraba de reojo a su compañero de viaje, evaluando su personalidad por su aspecto exterior. No le parecía un hombre “políticamente correcto” y se abstuvo de darle conversación. De soslayo en soslayo, transcurrió más de una hora hasta que los ojos de Pura se cerraron, mientras el autobús rodaba hacia su destino.

De repente dio un frenazo y quedó parado en seco en el arcén.

- Lo siento, señores –hablaba el conductor por la megafonía del vehículo– no podemos seguir adelante. El panel de control me indica que hay un problema en el sistema eléctrico y no es posible circular. Será mejor que bajen todos mientras llega la ayuda que voy a pedir a través del teléfono móvil. Enseguida vendrán a recogerles y les trasladarán donde ustedes deseen, a sus destinos o a sus lugares de origen.

Hubo murmullos de sorpresa pero la docena y media de viajeros comenzaron a moverse de sus asientos.

La mujer seguía dormida, acurrucada en su asiento. Abrió los ojos cuando su joven compañero de viaje le rozó suavemente el brazo. Le miraba sin saber dónde estaba, él le ofreció la mano para levantarse y ella –en un gesto que le sorprendió a sí misma– la aceptó.

Bajaron a la carretera y allí se juntaron con los demás. Caía un sol fuerte de mediodía, pero un aire norte, fresco y bastante fuerte permitía aguantar mientras llegaba el rescate.

Pura no sabía lo que había pasado y entre unos y otros le pusieron rápidamente en antecedentes. Se enfadó y entre manoteos y gestos amplios, comenzó a despotricar contra la compañía y a hablarles a sus compañeros de viaje de indemnizaciones y reclamaciones. Nadie le hizo caso. Se hicieron varios pequeños corrillos y Pura se vio de buenas a primeras clamando en el desierto.

A los pocos minutos, un autobús de mejor aspecto todavía que el que les había llevado hasta allí llegó a recogerles. Volvía a la ciudad; el que continuaba viaje llegaría después, les anunciaron. Ninguno de los viajeros, salvo Pura, montó en él. Hizo el viaje de regreso en el primer asiento, recogió su escuálida maleta y volvió a su casa.

Al llegar, Pura se quitó la peluca y se puso cómoda.



■■■
Sylvia Herrero

La autocompasión casi nunca conlleva soluciones. Pero eso tampoco es nuevo, ¿no?

Tempus fugit: pingüino discute precio sello. La discusión, eterna. El iceberg, no.

La señora vuelve a casa con un amargo nudo en la garganta y mira cómo su hijo adolescente que no tiene nada que ver con Argentina, llora su eliminación del mundial.

Cementerio y funeral

Pueblo de mala muerte

Después de unos minutos de incertidumbre, vi el mazda negro y aceleré para seguirla. Fue ahí cuando se me atravesó la vieja ésa que después se murió en el hospital. Suerte más mierda.”, finalizó su historia el reo, ante la mirada pasiva de su compañero de celda.



TRIBULACIONES DE UNA REPORTERA DICHARACHERA EN BRUSELAS

Macu Hervás

Ya hace ocho meses que llegué a la capital de Europa, Bruselas; bueno, aunque para ser exactos, a una de las tres capitales, puesto que comparte honor con Estrasburgo (donde cada mes se celebran las sesiones plenarias si el techo del hemiciclo no se vuelve a desplomar) y con Luxemburgo (ciudad en la que todavía no tengo muy claro que es lo que se hace respecto a Europa, aunque creo que es pura Ad-mi-nis-tra-ción).

Vienes aquí a trabajar y piensas que todo será, más o menos, como ahí en Zaragoza pero multiplicado por diez, por doce o por veintitrés. Multiplicado por diez si hablamos del volumen de los edificios instituciones europeas; por doce si nos referimos a mujeres y hombres elegidos democráticamente en las urnas cada cinco años (785 eurodiputados y eurodiputadas representando a los 27 países que conforman la Unión Europea); y por veintitrés si hablamos de lenguas oficiales en la eurocámara.

Y claro, con estas cifras los primeros días (e incluso las primeras semanas), es imposible no sentirte como Lina Morgan en aquellas películas épicas del cine español visitando la ciudad por primera vez, o bien

como Heidi abandonando las montañas (por aquello de *Aragón, un país de montañas*) para ir a la ciudad a casa de Clara.

El primer día llegas a Bruselas, a la Place Luxembourg y, mirando a los edificios que te rodean, una voz interior te dice: aquí la INSTITUCIÓN (con todas las mayúsculas), aquí una chica de Aragón. Y, a partir de ahí, comienza el ¡sálvese quien pueda!

Te llevan hasta tu nuevo puesto de trabajo a través de un laberinto de plantas, pasillos, ascensores y escaleras mecánicas y tu primer pensamiento es: ¡vaya por Dios! Y yo con el GPS y el Tom-Tom en casa... Mientras vas hacia allí, intentas poner en marcha esa memoria fotográfico-retentiva de la que siempre has presumido: miras un cuadro que queda a la derecha, una escultura a la izquierda, el hall de los ascensores también a la izquierda... Y, simultáneamente, te van presentando a los nuevos compañeros, los nuevos diputados y los nuevos conserjes (piezas muy importantes en toda institución), personas a las que durante varias semanas cambias la ubicación, la función y el nombre y quien creías que era Ana es Malen (aunque no se parezcan en nada). Vamos, que les cambias/confundes todo salvo el sexo por obvio, naturalmente.

Y esto es terrible porque tienes la sensación de ser de otro planeta (no de otro país que queda muy cerca), ya que al día siguiente todo el mundo sabe tu nombre, de dónde vienes y cuál va a ser tu cometido y tú tan sólo te has quedado con el nombre de tu jefa, Inés Ayala Sender, y de las dos personas con las que compartirás despacho, Lourdes y Beatriz.

El segundo día, cuando vas a rescatar ese prodigio de memoria que creías tener, entras al edificio por otra puerta (ayer lateral norte, hoy lateral sur), con lo cual, mucho antes de que cunda el pánico, ya se te ha puesto “cara de paisaje” (pero de paisaje nublado), imposible de disimular. Así que, vuelta a empezar: nuevas escaleras mecánicas, nuevos pasillos y nuevos ascensores (auténticas torres de Babel en cuatro metros cuadrados). Al final te das cuenta que lo único que no se ha movido respecto al día anterior ha

sido el despacho: ASP 11G161 ¿a que tras leerlo dan ganas de decir “agua” como si estuviésemos jugando una partida a los barcos (*Hundir la flota* en versión comercial)?, o ¡tocado y hundido! porque así es cómo te sientes.

Llegas con resuello al despacho porque ese día se ha estropeado el ascensor (ya nunca más) y llegar a la planta once por las escaleras de emergencia es como bajar las escaleras del *Coloso en llamas*. Te quitas el bolso, recuperas la respiración después de la media maratón y cuando estás a punto de sentarte, sale tu jefa del despacho y dice: “¡Hale Macu! Nos vamos al estudio de TV del Parlamento para grabar una entrevista”. Y tú piensas: ¡horror! Suena a estar en las antípodas. Y, efectivamente, ese sexto sentido que nos caracteriza a las mujeres ha acertado: el estudio está en las antípodas y un poco más allá, justo al lado en dónde Cristo perdió la camiseta (por darle un toque más sexy, ya que lo de perder las abarcas no queda tan fino).

Así que, con la mejor de tus sonrisas, le dices a tu jefa: ¡vale! ¡qué bien conocer el estudio de TV del Parlamento!, mientras piensas ¡oh, no! Otra vez a correr como geisha por arrozales (eso sí, enmoquetados) ¿pero es que nadie ha pensado en hacer un “callejero” de Parlamento para moverte con dignidad? Y ahí empieza otra nueva aventura. ¡Vamos, me río yo de la primera expedición de Miguel de la Cuadra!

Caminas por pasillos que ayer no estaban, de verdad de la buena (o por lo menos no te los habían presentado), y, además, descubres que no sólo hay quince plantas hacia arriba, sino también cuatro hacia abajo, ¡es el más difícil todavía!

Durante esta nueva excursión te van señalando: aquí el hemiciclo, aquí la cafetería de los periodistas, aquí servicio de documentación, aquí el punto de encuentro principal (vamos, nuestra Plaza del Pilar y/o la puerta de El Corte Inglés), aquí los grupos políticos, aquí, aquí, aquí... Y, entonces piensas: y si todo está aquí, ¿qué es lo que habrá allí, allí y allí? Pero mejor no pensarlo (por ahora).

Finalmente, llegas al estudio de TV que debe estar cerca del Palacio de la Aljafería por el rato que has caminado y, mientras piensas ¿qué he hecho yo para merecer esto? o ¿por qué habré elegido pulpo como animal de compañía?, te van presentando a nuevas personas a las que debes prestar atención porque son los periodistas que van a entrevistar a Inés Ayala.

Así que, no sabes muy bien cómo, pero rescatas la lengua de Molière que aprendiste en la EGB y el Instituto (soy de esa generación), más algunas de las clases que hiciste a posteriori y te dispones a conocer el contenido y desarrollo de la entrevista, gran prueba de fuego, ya que es para una televisión árabe interesada en conocer cual es la posición del Parlamento Europeo respecto a las relaciones con el Magreb¹. Resultado final: como se trata de hacer tu trabajo, podría decirse que supero la prueba. De regreso al despacho, he decidido darme una recompensa, me relajo y me dejo guiar por mi diputada con quien voy intercambiando opiniones de la entrevista que acaba de realizar.

Los días van pasando y vas haciéndote con tu nuevo trabajo: el edificio ya no es el “enemigo”, reconoces a algunos compañeros y compañeras, el cocinero de la sección “plancha vuelta-vuelta” te saluda porque ya te conoce, al igual que la persona que te cobra el menú (siempre paso por la misma caja); cuando entras en una sala de Comisión, Piero, el conserje responsable de la misma, te llama por tu nombre; e incluso eres capaz de llegar de un lado al otro del edificio sin prestar atención (nada más que la imprescindible) sin perderte y con cara de formar parte de ese nuevo paisaje humano y variopinto que es el Parlamento. De tal forma que cuando ya eres “autónoma” a la hora de moverte por los pasillos y los viernes antes de la semana de Pleno vas al briefing² de los periodistas tú sola y con

-
1. La eurodiputada Inés Ayala fue miembro de la Delegación Europea para las Relaciones con los Países del Magreb y la Unión del Magreb Árabe y de la Delegación para las Relaciones con la República Popular China.
 2. Todos los viernes anteriores de la semana de sesión plenaria hay una rueda de prensa en la que se informa de cuales van a ser los puntos fuertes de debate durante el pleno. Son ruedas de prensa en las que yo he contado hasta cincuenta periodistas para una sesión de pleno normal y más del doble cuando la dan Ingrid Betancourt, Felipe González, Nicolás Sarkozy o el Dalai Lama.

toda naturalidad te sientas al lado de los corresponsales que llevas años viendo, oyendo y leyendo desde España, dices: ¡prueba superada!

Pero el destino es obstinado y lo que todavía no sabes es que, a la tercera semana de estar ahí, vas a ir a Estrasburgo durante la semana que se celebra el Pleno (y ¡vaya se-ma-ni-ta!). Y piensas: ningún problema, si he sobrevivido a Bruselas, Estrasburgo será más o menos igual y será pan comido.

Sin embargo, esta vez el sexto sentido del que os hablaba al principio se ha quedado en Bruselas agotado, recuperándose del estrés al que lo has sometido en las últimas semanas y cuando pisas la INSTITUCIÓN de Estrasburgo y miras hacia arriba y hacia el interior (como una Plaza de Toros pero de quince alturas) te das cuenta que comienza de nuevo la “pesadilla de un nuevo lugar”.

Te habían avisado de que era “distinto” (no muy distinto) y más complicado (no misión imposible). Es decir, un caos mediático-político continuo durante cuatro días. Como la definió un amigo que pertenece al EUROCUERPO³ (¿a que suena bien, chicas?), tras explicarle nuestro trabajo en Estrasburgo: “Ah! Entonces es como nuestras maniobras ¿no?”. Y, efectivamente, lo es, con la diferencia de que aquí “lanzamos” comunicados y notas de prensa, y ellos “lanzan” material más beligerante. Aunque, bien pensado, y dicho entre nosotros, a veces se “lanzan” a la opinión pública verdaderas “bombas” (de papel) incendiarias de iras y de conciencias...

Pero la historia de Estrasburgo será contada en otro momento, como repetidamente escribió Michel Ende en su *Historia Interminable*.

3. EUROCUERPO. En octubre de de 1991, el presidente de la República Francesa François Mitterrand y el canciller alemán Helmut Kohl anunciaron una iniciativa común de cooperación militar entre ambos países, con el fin de contribuir a la puesta en práctica de la Política Exterior y de Seguridad Común de la Unión Europea (PESC). Posteriormente se sumaron Bélgica, España y Luxemburgo. El EUROCUERPO fue declarado oficialmente operativo en noviembre de 1995 y, entre sus principales funciones, se encuentran el mantenimiento y restablecimiento de la paz y las acciones humanitarias.

No obstante, aún con todo lo contado y más, y sin saber cual será mi futuro profesional tras las próximas Elecciones Europeas del 7 de junio de 2009, ha merecido la pena pasar por todas estas aventuras y peripecias y más que vendrán. El futuro, chi lo sa?

Ah! Lo de “reportera dicharachera” es una reminiscencia que guardo de *Barrio Sésamo*.



EL TELÉFONO

David Jasso

El siguiente relato está basado en hechos reales sucedidos en una emisora de radio zaragozana hace veinticinco años. Los nombres han sido cambiados y los hechos se han modificado con fines narrativos.

- ¿Se puede?

Levanté la vista del presupuesto de uno de esos nuevos aparatos que permitían transmitir texto a través del teléfono. La chica me miraba con aire inseguro.

Oh, oh, problemas, pensé.

- Hola, Mari. Pasa, pasa, siéntate.

Tomó asiento sin mirarme a los ojos. Mi experiencia como jefe de emisiones me dijo que algo no iba bien. Mari era una excelente trabajadora, cumplidora, fiable, puntual...

Tenía turno de noche y no era normal verla por la emisora a media mañana, y menos entrando en mi despacho con ese aspecto tan desamparado.

- ¿Puedo... puedo hablar contigo?

Ups, mal empezábamos. Tenía pinta de ser algo serio. Esperaba que no se despidiera.

- Sí claro, Mari, ¿pasa algo malo?

Dudó antes de contestar:

- No, buenooo –subió los hombros–, sí.

Su facilidad de palabra estaba más que demostrada, improvisaba y presentaba discos todas las noches. Me preocupaba que ni siquiera pudiera valorar los hechos.

- No sé –remató.

Sin percatarse de lo que hacía, tomó un ligero mechón de su cabello y comenzó a mordisquear las puntas. Como cuando realizó la prueba de acceso o cuando entrevistaba a alguien importante...

- Dime –estaba empezando a inquietarme de verdad–, ¿es algún tema personal? ¿Puedo ayudarte en algo?

Asintió muy despacio, encontró fuerzas para mirarme a los ojos y dijo con voz temblorosamente firme:

- No puedo seguir haciendo el turno de noche. De verdad, no puedo.

Ah, vaya, así que era eso: el ingrato turno de noche. La dirección de la emisora había decidido hacía unos meses emitir las veinticuatro horas. Entonces fue cuando contratamos a Mari. Trabajaba de lunes a viernes desde la medianoche hasta las siete de la mañana. Era un turno difícil y aburrido, la persona que lo realizaba se encontraba completamente

sola en la emisora y era responsable de continuar con la radio fórmula musical, aunque a esas horas se le daba bastante libertad. Mari cumplía muy bien su tarea, era un buen fichaje: transmitía energía. En mis conversaciones con ella siempre había mostrado su predilección por el turno de noche, afirmaba que le encantaba y que lo prefería a cualquier otro. Además manejaba bastante bien la mesa de mezclas, factor a tener en cuenta, no todo el mundo era capaz de realizar autocontrol. Estábamos encantados con ella.

- Oh, vaya... ¿estás cansada? –aventuré.

- No, no. Yo lo llevo bien, no es eso. Si yo por la noche me lo paso estupendamente.

- Ah, ¿te ha surgido algún compromiso?

- No, no –vio mi expresión desconcertada y encontró fuerzas para seguir adelante–, es que... es que suena el teléfono.

Vaya, así que alguien la molestaba, sabía que algunos oyentes podían ser muy pesados con sus llamaditas y sus peticiones de canciones. A lo mejor alguien había comenzado a acosarla. Durante el turno de noche ella tenía que atender los teléfonos. En principio, a esas horas no había demasiadas llamadas, así que no había problema porque atendiera a algún oyente insomne. Además del teléfono que entraba directo en antena, existía en el locutorio una unidad con cuatro líneas de entrada. El timbre se había inutilizado rellenándolo con cartón y se encendía una bombilla cuando alguien llamaba. No había suficiente tráfico de llamadas como para instalar una de esas modernas centralitas automáticas.

- ¿Te llaman?

Mordisqueó su pelo con más intensidad, miró al suelo. Asintió con desgana.

- ¿Algún pesado?

Negó con la cabeza, subió los hombros muy despacio.

- No sé –logró decir. Parecía a punto de echarse a llorar–. Son llamadas internas.

No entendía nada. Pero nada de nada, ¿qué problema tenía esta chica?

- ¿Te molesta algún compañero?

- No, no. No lo entiendes, ¿verdad?

Habló con premura, como si las palabras le abrasaran la garganta.

- Yo estoy sola toda la noche. A partir de las doce, aquí ya no hay nadie. La puerta está cerrada con llave y hasta que no llega Javi a las seis, estoy completamente sola.

- Ajá.

- Pues eso. Estoy sola en la emisora, pero... recibo llamadas realizadas desde el interior.

No pude evitar sentir un escalofrío. Lo que decía no era posible.

- Pero, ¿qué quieres decir? ¿Quién te llama? ¿Cómo sabes que son llamadas de la casa?

- Se enciende la luz de las líneas internas. –Yo sabía cómo funcionaba el teléfono: no había duda, las llamadas internas utilizaban sus propias líneas y así lo reflejaba el aparato. Era muy práctico y sencillo–. Alguien me llama desde dentro, no hay duda. Pero en la emisora no hay nadie–. Sus ojos se clavaban en mí esperando, quizás, una explicación–. La primera vez que

pasó, contesté y sólo me respondió el silencio, un silencio denso y profundo, como si alguien se esforzara por mantener la respiración, pero se notaba que el teléfono estaba descolgado, ya sabes, pequeños ruidos, zumbidos, el eco a través del pasillo del disco que yo estaba emitiendo. Me extrañó tanto que salí a ver si había alguien. Entonces se apagó la luz del teléfono, colgaron. Miré bien por toda la casa y no vi a nadie, llamé a voces y nadie me contestó. Registré toda la emisora, incluso los sitios en los que no hay teléfono. Estaba sola. En cuanto volví al locutorio, la línea interna volvió a sonar –de nuevo agitó la cabeza, con ese movimiento pesaroso–. Ya no me atreví a contestar. Dejé el teléfono descolgado y cerré la puerta por dentro. No me moví hasta que aparecieron los del turno de mañana –mordisqueó los cabellos–. Lo pasé fatal.

Lo que me contaba resultaba muy extraño, posiblemente se tratara de un mal funcionamiento, pero Mari había conseguido transmitirme su nerviosismo y yo mismo miré de reojo al teléfono de mi mesa. No supe qué decir.

- Javi me dijo que podría tratarse de un cruce de líneas, que lo miraría. Pero el teléfono funciona perfectamente. Hasta lo cambiaron y llamaron a averías.

Me parecían medidas muy sensatas, yo hubiera sugerido hacer algo así.

- Pero cada noche vuelven a llamarme desde dentro de la emisora, cuando no hay nadie. Y yo... yo... –no pudo evitarlo, comenzó a sollozar. Se me encogió el alma–. Tengo miedo, mucho miedo. Sé que hay alguien y que me llama. Me encierro. Dejo todas las luces encendidas y atranco la puerta desde dentro –sus palabras se entrecortaban por los sollozos–. No salgo ni al servicio, no me atrevo. La emisora me da miedo, todo está vacío y solitario, como si la vida hubiera desaparecido.

Tragué saliva. No sabía qué hacer. Murmuré unas tontas palabras de consuelo y le aseguré que lo arreglaríamos.

- Por favor, por favor –pidió llorando ya desconsoladamente– cámbiame el turno, cámbiame el turno o despídeme. Pero yo esta noche no puedo estar sola.

Esa día y los siguientes, Michel, el chico de los fines de semana, hizo el turno de noche. Se reorganizaron los horarios para que Mari pudiera trabajar por las mañanas.

Cada tarde, cuando el jefe técnico se iba, desconectaba los teléfonos de todos los despachos.

Una semana después, Michel entró en mi despacho.

- Hay que revisar el estudio de grabación –dijo–, se enciende solo.



DE CORONAS Y CASTILLOS

Esther López

“¡Qué escocado tienes el palacio, princesa!”, le dijo el joven maestro, después de dar un paseo por los aposentos reales. Ella sonrió tímidamente, porque sabía que, aunque el palacio no era suyo, se había sentido como en un cuento de hadas desde que llegó a él, hacía ya quince meses. Ahora se acercaba el momento de partir, dejar el castillo y buscar nuevos destinos, la “princesa-periodista” tenía que dejar su seguro trono. ¡Y todo estaba tan oscuro, allí fuera en el bosque! Cada día que pasaba, aumentaban sus nervios, suspiraba, recordaba, imaginaba, y no dejaba de repasar una por una las piedras del palacio.

Su angustia no era del todo compartida por sus padres. “Las princesas y los palacios son de otro tiempo”, le advertía su madre. “Tú lo que tienes que hacer es sacarte una oposiciones, como tu hermana”, añadía su padre. ¡Y para qué queremos más! Con esa frase ya estaba todo dicho. Había que apostar por lo seguro porque, como le recordaba su madre, “ya tienes una edad”.

Las palabras de sus padres no hicieron que cesase en su empeño. Si ella quería ser “princesa-periodista” lo conseguiría, porque en los cuentos

siempre los personajes conseguían lo que buscaban y ella no estaba dispuesta a tirar la toalla. Y con ese objetivo, se agarró bien la corona, y se puso a pensar qué haría cuando tuviese que dejar el palacio. Al principio, todo era melancolía, suspiros, lágrimas y más suspiros.

Un día, como ocurría en los mejores cuentos, un joven caballero se acercó a ella, y al verla triste, la miró tiernamente y le dijo “ten fe en ti, las buenas princesas siempre reciben su recompensa”. Y, en ese momento, comprendió que, aunque ya no pudiera pasear entre las columnas y recorrer los amplios patios, seguiría siendo princesa porque así era cómo se sentía. No importaba dónde estuviera, ni qué trabajo le esperase al otro lado de las almenas, lo verdaderamente importante era que ella siempre se sentiría como si llevase una corona sobre su frente, porque así lo deseaba y porque, si algo nos enseñan los cuentos es que, con calabazas o castillos, con corceles o ratones, todos podemos ser caballeros y princesas de nuestro propio cuento. Y colorín, colorado, esta historia se ha acabado, por ahora...



LA EXCLUSIVA

Héctor Luesma

Las 9 de la noche. Tenía menos de una hora para llamar a la redacción y cantar esa exclusiva que le había prometido a su jefe a media mañana. “Tengo un bombazo informativo”, le había dicho. “Déjame que confirme unos cuantos datos y te llamo para adelantarte el titular de Primera”. La portada del periódico estaba en blanco esperando esa llamada que convertiría al diario en uno de los más vendidos al día siguiente. “No me falles”, le había dicho su jefe. “No me falles, no me falles”, se repetía todo el tiempo en su mente. La excitación de hacía unas horas se había convertido en angustia en sólo unos segundos. Tenía en su poder una bomba de relojería que podía explotarle en las manos y salpicar a una de las personas que más le importaba en su vida.

El tictac de las manecillas del reloj jugaba en su contra. No le quedaba tiempo y tenía que tomar una decisión. Los destinos de algunas personas podían cambiar en unas horas con tan sólo una llamada. Sus mansiones, sus coches, sus negocios poco lícitos se verían convertidos en cenizas, y sus vidas acomodadas, en un infierno. Él tenía, en estos momentos, el poder de condenar o absolver, y eso le hacía sentir importante. Pero jugar a ser Dios es muy peligroso, sobre todo si no se tienen todos los ases en la

manga, ya que el poder se puede volver en tu contra y hacer mucho daño a personas inocentes. Y eso Él lo sabía muy bien. No hacía otra cosa que pensar en Ella, su fuente, su amiga, su amante, su confidente, esa víctima inocente que sería la primera en caer.

No soportaba la indecisión. Le hacía sentirse inseguro y una persona insegura es una persona débil. Y Él no era débil, todo lo contrario, su profesión lo había hecho una persona fuerte e imparable. Se jactaba de haber actuado siempre con seguridad en cada paso que había dado, tomando una decisión en segundos, fuera la acertada o no, y tragando mierda hasta haberse curtido como un buen periodista (o eso creía Él). Hasta ahora... Se le habían roto todos sus esquemas. Estaba dudando si dar una información o callarse hasta conseguir las pruebas necesarias que la exculparan a Ella. “Si al final voy a tener hasta sentimientos”, se decía.

La habitación estaba en penumbra. Sólo entraba la luz de las farolas de la calle. La oscuridad le ayudaba a pensar. “No, no necesito pensar –se repetía– lo que necesito es más tiempo”. Se levantó del sillón y comenzó a dar vueltas por la habitación. “Si hago pública esta información, ¿algún día me perdonará?”. Ella había confiado en Él. Le había pasado unos documentos confidenciales jugándose su puesto de trabajo, su libertad y su vida. Si viesen la luz, aunque no se citase la fuente, todos sabrían de dónde habían salido y quién los había facilitado. Ella quedaría al descubierto y Él habría sido su propio verdugo. Ella lo sabía y, de todas formas, le había enviado esos documentos.

“Aquí tienes la información que me pedías. Úsala como creas conveniente. Confío en ti. Tq.”, decía el pósito pegado en el primer folio. “Dice que confía en mí, pero yo soy periodista, y ella lo sabe. No puedo ser periodista de 9 a 3 y luego dejar de serlo, olvidarme de todo hasta el día siguiente como si fuese un funcionario. Nosotros somos periodistas hasta durmiendo y si una información así cae en mis manos no puedo callarme”, pensaba. Con el sobre en la mano, se dejó caer en el sillón. “No puedo callarme –se decía– aunque a veces estaría mejor con la boca

cerrada”. Ahora se arrepentía de haber llamado a su jefe contándole que tenía una exclusiva. Tendría que haberse callado hasta tener algo más, una confirmación por otro lado, algo que no implicase a nadie de una forma tan directa. Pero si esperaba mucho tiempo, la competencia se le abría adelantado. “Al fin y al cabo, esto es un negocio”.

Por fin iba a tener un hueco en Primera. Su exclusiva iba a abrir el periódico y Él iba a ser quien destapara la trama de corrupción más importante de los últimos años en el país. Así podría demostrar a su jefe que servía para hacer algo más que encuestas ciudadanas y reportajes sobre perros abandonados. Esta era su gran oportunidad para recibir el reconocimiento de la profesión, de todos sus compañeros. Su nombre aparecería en todos los sitios, lo citarían en los programas de radio, de televisión, le invitarían a tertulias e incluso hasta le podían conceder un premio por su trabajo. Tendría ese momento de gloria que tanto anhelaba desde que estaba estudiando en la Facultad. Pero, ¿a qué precio?

Sacudió de su mente su particular cuento de la lechera, antes de que se rompiera el cántaro, y se volvió a concentrar en el pósito que le había dejado Ella junto a los documentos. “Tq”, le ponía al final de la nota. Ella estaba enamorada de Él. Pero, ¿y Él de Ella? ¿De verdad sentía algo por Ella o sólo la había utilizado para conseguir la información? Esos pensamientos le produjeron escalofríos. ¿De verdad podría llegar a tener tan pocos escrúpulos? ¿En qué se había convertido? ¿O siempre había sido así? Quizá sea por eso por lo que nunca había tenido una relación duradera. Pero esta vez era diferente. Esta vez sí que estaba sintiendo algo. Culpabilidad.

Necesitaba fumar. El humo le aclaraba las ideas. Fue a la chaqueta a por su paquete de cigarrillos. Estaba vacío. “¡Mierda!”, exclamó. Se puso la chaqueta y bajó al bar. Estaba justo al doblar la esquina. Era el típico bar de barrio aunque, por la noche, iluminaban el interior con unas cuantas luces de neón y servían copas a buen precio. Detrás

de la barra estaba la Consuelo, una mujer que debía rondar los cincuenta muy mal llevados. Se decía que había sido la madame de uno de los clubs de alterne más populares de la ciudad en los años 70. De joven, Consuelo debía de haber sido una mujer muy guapa, tenía unas facciones muy marcadas y sabía cómo sacar partido a sus encantos. Pero ahora, con el botox y el exceso de maquillaje, se parecía más a Carmen de Mairena.

“Hola, Consuelo. ¿Me enciendes la máquina?” le dijo. Consuelo cogió el mando a distancia y apretó el botón sin decir nada. Llevaba una camiseta de leopardo con tirantes que le marcaba un exuberante escote, al que los parroquianos sentados en la barra no le quitaban ojo.

- Gracias, Consuelo. Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?

- Dime, cariño – le contestó ella.

- Mira, es que tengo un problema y como tú eres mujer de mundo igual me lo puedes solucionar.

- Uy, aquí el famoso periodista pidiendo consejo a la Consuelo. Pero mañana no me saques en el periódico, ¿eh?, que esto no es un consultorio sentimental.

- Calla y escucha. Si alguien te confesara un secreto, algo muy importante, que si lo contaras a los demás te iba a reportar grandes beneficios, pero la persona que te lo ha contado te pide que no lo digas porque podrías perjudicarlo, ¿tú qué harías?

- Yo guardando secretos soy una tumba, pero todo depende del dinero que me ofrezcan, tanto por contarlo como para que me calle la boca. Todos tenemos un precio, cariño.

- Gracias, Consuelo. Me has servido de gran ayuda. Hasta luego.

“Todos tenemos un precio”, le había dicho la Consuelo. En esta sociedad en que vivimos todos estamos en venta, y si no sólo hay que ver a esas familias que se despellejan en los programas de televisión por cuatro duros. “Y yo no soy mejor que ellos”, se decía. “Los periodistas somos mercenarios de la información, comerciamos con ella pero, ¿también tenemos un precio? ¿Yo tengo un precio? ¿Cuánto vale todo lo que sé? ¿O mi silencio? ¿Dinero, fama, reconocimiento profesional? Pero, ¿a costa de qué? ¿De un amigo, de una amante, del amor de mi vida? ¿O de mi propia conciencia?”. Todas estas preguntas se le pasaron por la mente en escasos segundos. Ya lo tenía más claro. Toda decisión tiene sus consecuencias, y Él tendría que vivir con ellas el resto de su vida. “Lo importante –se decía– es ser consecuente contigo mismo y tener muy claro qué tipo de vida quieres vivir”.

Tenía tres llamadas perdidas en el móvil. Eran de la redacción. El tiempo se había agotado. Ya había tomado una decisión y no había vuelta atrás. Fuese o no la acertada, volvía a sentirse seguro. Los miedos habían desaparecido y la angustia se había transformado en tranquilidad. Sabía que, una vez colgado el teléfono, no habría momento para el arrepentimiento. Cogió el móvil y marcó el número del periódico.

- Diario Informaciones, al habla el redactor jefe.

- Hola, soy yo...


- Hombre, ya era hora, nos estábamos empezando a poner un poco nerviosos. Lo tenemos todo parado a la espera de tus noticias. ¿Tienes la exclusiva?

- ...



EL CONGRESO

Juliana Muro



El Hada Mariuchi aparcó aquel día su coche en segunda fila. Un flamante y brillante mini descapotable, en blanco y negro. Llegaba tarde al encuentro anual de sus colegas de la ciudad. Cogió el bolso precipitadamente, se estiró la encogida y ajustada minifalda negra que lucía y salió disparada hacia el hotel.

- ¡Un momento, señora! –le gritó un policía local–.

Frenó la marcha, suspiró y se levantó las gafas de sol para mirar directamente a los ojos del policía.

- ¿Sí? ¿Ocurre algo agente?

- Perdone, pero está prohibido aparcar el vehículo en segunda fila. Y si no quiere que le multe...

El hada le miró con cara extrañada y le preguntó:

- ¿De qué coche me habla?

El guardia se dio la vuelta para indicárselo pero éste había desaparecido.

Mariuchi siguió su camino, sin necesidad de dar explicaciones, mientras dejaba al pobre policía algo aturdido y petrificado. Eso sí, se iba algo molesta consigo misma y mascullaba entre dientes:

- Ahí se ha quedado, embobado, y sin saber que simplemente es magia. ¡Qué poco lucen estos trucos!

Estaba muy nerviosa, era la primera vez que había sido elegida como ponente en el Congreso, que cada cuatro años tenía lugar, y lo cierto es que iba a la cita con las manos vacías; sin embargo, este casual encuentro con el policía le había dado una idea.

Entró en el vestíbulo del hotel y comenzó a saludar de forma efusiva y sonriente a compañeras y amigas. En los años transcurridos las encontró bastante cambiadas: unas por haber pasado por manos del cirujano estético, los hechizos no son eternos; otras, por los kilos de más que se habían echado al cuerpo, pues las hadas también acumulan grasas. Se formaron grupitos y el vestíbulo se llenó de murmullos. Casi se concentraban todas las del país: desde las tímidas y silenciosas de los escasos bosques de montaña, que moraban entre pinos, robledales y hayedos, ataviadas con oscuros ropajes antiguos; a las descaradas y provocativas residentes en las costas y grandes ciudades, siempre a la última, y que trataban de identificarse con el ambiente para ser hadas modernas. Mariuchi pertenecía a este grupo.

Entre la multitud se abrió paso hasta llegar al salón de actos donde estaba todo preparado para iniciar el encuentro. Este año, tres hadas habían sido elegidas para exponer sus ideas y sólo una de ellas, la que obtuviese la mayoría de los votos de las participantes, tendría derecho a hacerla realidad. Mariuchi competía con dos

verdaderos pesos pesados: Clotilde y Eliodora. Ambas mucho más veteranas que ella y, sin duda alguna, le daban cien vueltas a su varita mágica.

Clotilde, bajita y rechoncha, llamaba la atención por su piel casi transparente, que dejaba entrever numerosos capilares, delgadas venitas que trazaban tortuosas carreteras en sus pómulos. Resultaba gracioso verla realizar encantamientos debido a que durante el esfuerzo enrojecía su rostro al tiempo que sacaba la lengua a un lado.

Eliodora, por el contrario, era alta y desgarbada, de nariz aguileña y ojos verdes muy vivos que parecían salirse de las cuencas de abiertos que los ponía al poner en práctica sus hechizos.

Llegó la hora. Se hizo el silencio y la presidenta de la asociación de hadas inició la sesión. Las tres hadas se levantaron de sus asientos conforme iban siendo nombradas. Por ser la más joven, fue la última en intervenir. Tomó la palabra, y con voz alta y clara, planteó al auditorio que todas las hadas colaboraran en resolver los problemas de tráfico de la ciudad, haciendo desaparecer los vehículos de las zonas de estacionamiento de la calzada y de aquellos que estorbaban e interrumpían el paso en segunda fila. La propuesta provocó cierto estupor entre las asistentes. Algunas de las participantes se levantaban airadas de sus asientos, sobre todo las montañesas, quienes expresaban su desacuerdo con semejante medida al considerar que sus intervenciones en la vida de los hombres sólo estaban justificadas para individuos y situaciones muy concretas pero, en ningún caso, para un asunto tan banal como este. Era contrario a la tradición. Mariuchi defendió con vehemencia su idea al indicar que podría devolver el prestigio a un colectivo que iba perdiendo cada vez más peso social en un mundo rodeado de tecnología, donde los trenes y los aviones viajan a velocidades de vértigo, al igual que la voz, la imagen y el sonido, que se captan al instante, y en el que ya ni los niños, con todo lujo de juegos, creían en ellas. Pese a la férrea oposición por parte de un nutrido número de hadas, resultó

aprobada su idea con el apoyo de las hadas de las ciudades, mucho más numerosas. A la mañana siguiente, cientos de hadas, encabezadas por Mariuchi, se pusieron manos a la obra. Coches, camiones y autobuses comenzaron a desaparecer, tal y como habían acordado. El impacto visual fue extraordinario: las vías resultaban más amplias, los vehículos que transitaban ganaban espacio y los peatones atravesaban los pasos semafóricos y de cebra con amplia visibilidad, de forma que se reducía el riesgo de atropellos. La iniciativa fue aplaudida y Mariuchi estaba orgullosa de su éxito; pero luego llegó el caos, la desilusión. Los ciudadanos al salir del trabajo, de casa, de hacer gestiones o al salir de ocio, eran incapaces de localizar sus vehículos en las largas calles y avenidas; en las comisarías se formaban grandes colas de gente que protestaba y denunciaba la pérdida de sus vehículos. Los policías estaban desbordados y las hadas también. Los propietarios reclamaban que aparecieran a fin de ayudarles a buscar sus autos, lo que elevó enormemente su volumen de trabajo y les llevó a un fuerte enfrentamiento con el jefe de Policía debido a que habían perdido su función. Los agentes deambulaban por las calles sin saber qué hacer y no tenían medios, ni razones para atender a los enfadados ciudadanos. Las hadas que creían haber hecho un bien, sólo habían conseguido enemistarse con los habitantes de la ciudad. Ante este panorama, Mariuchi, que se sentía culpable y cabizbaja, reclamó una reunión urgente para acabar con el monumental desaguisado urbano creado.

- ¡Ya lo advertimos!, –decían algunas de las hadas montañesas–.

- Queridas, –contestó afligida Mariuchi–, hay que dejar las cosas como estaban. ¡Que los ciudadanos se las arreglen como puedan con la circulación!

Y decidieron suspender de inmediato la medida.

Salieron en tropel a las calles, hicieron regresar los vehículos y todas convinieron que jamás volverían a interferir en una cuestión del tal


magnitud como el tráfico de las ciudades en la que ni todas las Hadas del Mundo, ni el más grande de los Magos, como el mismísimo Merlín, eran capaces de resolver.

Al siguiente congreso Mariuchi asistió pero no volvió a ser ponente ¿Llegó con su flamante Mini? Pues no. Lo hizo en una hermosa bicicleta, práctica, moderna y ecológica, sin necesidad de más combustible que el de sus propias piernas. Aparcó sin problemas junto al hotel y ya que la magia no funcionó con los humanos en este terreno, al menos de esta forma dio ejemplo.



LAS AVENTURAS DEL BRIGADISTA SVEJK

Luis Negro Marco



Como arqueólogo, participé, a finales de 2002, en la prospección arqueológica del gasoducto de las “Cuencas Mineras”, que se extiende desde Caspe, en el Bajo Aragón, hasta Cella, atravesando de Este a Oeste toda la provincia de Teruel. Cierta día de diciembre, mientras realizaba mi trabajo de control, una intensa nevada hizo que me desorientase, apartándome del trazado marcado en los planos. Sólo sabía que me encontraba a una distancia prácticamente equidistante entre Caspe y Alcañiz, en medio de un bosque de pinos, por el que deambulé durante más de dos horas sin rumbo definido. Aterido, con las manos entumecidas por el frío, tuve la suerte de llegar hasta una pequeña casa con el aspecto de haber sido abandonada desde hacía muchos años, pero que conservaba algo de leña en su interior. De manera que pude encender un fuego en lo que fue la cocina y sentarme a descansar sobre uno de los asientos de la destartada cadiera.

Al aposentarme en el banco, y con la finalidad de entrar en calor, empecé a golpear con fuerza mis pies contra las baldosas del suelo, y de pronto sentí el tableteo de una de ellas, que parecía no estar bien ajustada. Me agaché e instintivamente la levanté, advirtiendo con sorpresa

que bajo ella se ocultaba una caja metálica de galletas, cuyo nombre aún se adivinaba: “Galletas Así”, fabricadas en Zaragoza en el año 1937. La abrí con la curiosidad del periodista y la indescriptible emoción del arqueólogo ante la certeza de un descubrimiento extraordinario. En su interior, un cuaderno con tapas de hule de color negro, atadas con una cinta de seda con los colores de la bandera de la República Española y las iniciales de las organizaciones anarquistas AIT, CNT y FAI. La cinta tenía además, impreso, un sello de forma triangular, en el que se podía leer: “División Francisco Ascaso. Batallón Paso a la Idea. Tercera Compañía”. Deshice con cuidado el nudo y plegué la cinta, colocándola en el interior de la caja. Cogí el cuaderno y lo abrí con gran emoción. Se trataba de un diario y su cuidada caligrafía se había trazado a pluma, con tinta negra. Era un manuscrito en inglés, lengua que aunque conozco poco, sí lo suficiente como para leerlo con fluidez y comprender que se trataba del diario escrito por un brigadista extranjero que había luchado en el Frente de Aragón durante la Guerra Civil.

Seguía nevando fuertemente afuera, como pude comprobar echando un vistazo a la ventana, y por la cual, sin marcos ni cristales, entraba un gélido frío vomitado por la ventisca. Ante tal expectativa, decidí concentrarme en la lectura de mi gran hallazgo, al abrigo del reconfortante calor de unas llamas que empezaban a devolver el tacto a mis manos y pies y a secar mis húmedos huesos.

El manuscrito poseía muy pocas páginas escritas, pero todas de intensa información, las cuales ahora, de memoria, reescribo:

– Me llamo Franz Svejik, soy checoslovaco y tengo 23 años. Llegué a España, en junio de 1936, para participar en la Olimpiada Popular de Barcelona, como atleta, en la carrera de velocidad. Aunque me gusta el deporte, la profesión con la que me gano la vida es la de periodista. Desde hace dos años escribo en el periódico “Neue Freie Presse”, que se edita en Budejovice, la ciudad checoslovaca donde nací y en la que viven mis padres y cuatro hermanos.

Las Olimpiadas, finalmente, no se llegaron a celebrar, debido al estallido de la Guerra Civil en España. Desde mi habitación en el Hotel Ritz de Barcelona, en donde estábamos alojados algunos de los atletas, pude ver las primeras reacciones populares contra los militares rebeldes a la República. Y el 24 de julio, en la Plaça del Palau, fui testigo de cómo el líder anarquista Buenaventura Durruti, se ponía al frente de una columna de hombres, con el objetivo de conquistar Zaragoza. Pronto supe que en la columna estaban integrados, al menos, cuatrocientos extranjeros, casi todos ellos anarquistas.

Pocos días después, leyendo el periódico “Mi Tierra”, supe que Durruti había instalado en Bujaraloz su Cuartel General, y finalmente, el 11 de septiembre de 1936 decidí unirme a su columna, ya que aunque en mi país soy miembro de la Juventud Socialista, aprecié, desde el momento en que los conocí, el entusiasmo, los ideales y la solidaridad de los anarquistas catalanes. De este modo, el 19 de septiembre de 1936, nuestra columna, junto con el “Batallón Malatesta”, de italianos anarquistas, llegaba a Bujaraloz.

En el momento de mi filiación, al decir que era periodista y manifestar mi buen conocimiento del inglés, fui asignado a la Oficina de Prensa del Cuartel General de la “Columna Durruti”, actuando, como enlace ocasional con los mandos, del periodista estadounidense Louis Fischer. Entre mis cometidos, estaban, además, los de trabajar como censor militar de la correspondencia que hasta Bujaraloz, nos llegaba de las estafetas móviles de Grañén, Siétamo, Huerrios, Angüés, Vicién, Leciñena, y Tardienta. Las cartas que se remitían desde Barcelona, venían con el membrete: “Correu al front”.

El 15 de octubre, el recién constituido Consejo de Defensa de Aragón me propuso como corresponsal del Frente de Aragón para el periódico “El Voluntario de la Libertad”, nuevo órgano de expresión de las Brigadas Internacionales y que se iba a distribuir desde Albacete. Se trataba, me advirtió el comisario inglés Gustav Heilbrunn, de que nues-

tros camaradas de todo el mundo supiesen de la lucha que mantenemos en España, y de que cada hoja del periódico se convirtiese en una bala letal contra el fascismo.

El 21 de noviembre, nos llegó la trágica noticia de la muerte, el día anterior, de Buenaventura Durruti en el Frente madrileño de la Ciudad Universitaria. Su deceso parece que ocurrió en extrañas circunstancias y fueron muchos los camaradas que manifestaron sus recelos hacia los comunistas.

Para entonces, no era ningún secreto que ellos despreciaban abiertamente el potencial militar de las milicias anarquistas, de las que decían, era preciso quedasen disueltas y se integrasen en las Brigadas del Ejército Regular. Más adelante, a mediados del mes de diciembre de 1936, y para cumplir con las obligaciones de propaganda, me apresté a escribir un reportaje sobre los hospitales de sangre que se habían creado en Poleñino y Grañén. Ambos centros contaban con 36 camas y se instalaron por iniciativa de los brigadistas sanitarios ingleses. En la crónica y fotos que envié a “El Voluntario de la Libertad”, hice especial referencia, por excepcional, a la presencia de una mujer en el frente: la enfermera australiana Agnes Hodson, que se incorporó al hospital de Grañén, a una milla de Huesca, a finales de diciembre. Su valor debía servir de ejemplo para las mujeres de la República en la retaguardia.

Durante los primeros días del mes de enero de 1937, anduve entre las localidades de Pina, Gelsa y Velilla de Ebro, localidad, esta última, donde unos ancianos me relataron una curiosa leyenda según la cual, en tiempos pasados, las campanas de la iglesia del pueblo tañían solas, anunciando de este modo, terribles presagios.

A principios del mes de febrero, el general Lukasz me ordenó trasladarme al territorio comprendido entre Azaila, Lécera, La Puebla, Híjar, y Alcañiz, con la finalidad de hacer un reportaje sobre la “Columna Ortiz”, que cubría esa extensa zona de la provincia de Teruel. La unidad, con cer-

ca de 5.000 milicianos, estaba bajo el mando de Antonio Ortiz Ramírez y en ella estaban encuadrados 150 brigadistas extranjeros, la mayoría de ellos, franceses. Un día acompañé a un pelotón de milicianos que hacían guardia sobre un pequeño cabezo, muy cerca del pueblo de Azaila. Para mi sorpresa, vi que nuestro puesto estaba instalado sobre un yacimiento arqueológico de época ibérica. Uno de los milicianos, que era de Azaila, me dijo que, según le habían contado, tenía casi 2.000 años de antigüedad, y que hacía diez años, había sido excavado por un marqués, encontrando muchos tesoros. “¡Fíjate: un marqués!”. Así que, a modo de desagratio de la memoria de aquellos iberos, los milicianos comenzaron a grabar en una gran losa de piedra, en letras destacadas, las siglas de la CNT y la FAI. Y yo me uní a ellos. Quizás algún día, los arqueólogos de una España libre de fascistas se interesen por los camaradas que dejamos allí huella de nuestra lucha por la libertad.

A principios de marzo, mis funciones como periodista y censor de Correos me llevaron hasta Alcorisa primero y Montalbán después, para hacer un reportaje sobre la “División Maciá-Companyns”, que estaba operando allí. En esta localidad supimos que la columna Durruti pasaba a convertirse en la 26 División. Estaba claro que los comunistas estaban consiguiendo su propósito de eliminarnos a los anarquistas como fuerza militar y supeditarnos a sus órdenes. De hecho, como censor, hube de romper, para evitar males mayores, una carta que un miliciano de Alcañiz dirigía a su esposa en Valencia y en la que le decía: “¿Te has parado a pensar lo que el Fascismo supone?: hambre, miseria, desolación. Lo mismo que el Comunismo”.

A comienzos de abril, fui llamado de nuevo al Frente de Huesca, integrándome, por necesidades del servicio, en la Compañía de Ametralladoras de Grañén que iba a ser trasladada a las trincheras de la Sierra de Alcubierre. Nuestro objetivo era la conquista de Huesca, cuyo asedio habíamos emprendido a mediados del mes de febrero.

Cierto día, estando en la posición que llamaban “La granja”, muy cerca de Huesca, me dijeron que había un brigadista inglés que era escritor

y periodista. Creí de interés conocerle. Se llamaba Orwell y, al igual que yo, pensaba que los comunistas intentaban acabar con el POUM y los anarquistas. Desgraciadamente, el tiempo le iba a dar la razón y durante la primera semana del mes de mayo, estando de permiso en Barcelona, fui testigo de una auténtica guerra civil en las calles de la capital, cuyo resultado fue el fin del partido trotskista creado por Nin. Yo mismo fui fichado, interrogado y espiado por la policía hasta que, a comienzos del mes de junio, se me ordenó el regreso al Frente de Aragón. En Bujaraloz, una orden firmada por el general Lukasz me apartaba de mis responsabilidades como periodista y censor de Correos. Mis nuevos cometidos iban a ser los de patrullar, montar guardia, y cavar trincheras en primera línea. Para entonces, se rumoreaba que íbamos a empezar una ofensiva sobre Belchite, con el fin de atraer hasta allí a parte de las tropas rebeldes del Frente Norte. Previamente al ataque, los comunistas disolvieron, el 10 de agosto, el Consejo de Defensa de Aragón, situándonos a los anarquistas como carne de cañón para el combate.


Hoy, 11 de septiembre de 1937, estando en Caspe, un camarada suizo me ha informado de que un comisario de las Brigadas de su país, Otto Bruner, me estaba buscando bajo la acusación de espionaje y sublevación por los sucesos de Barcelona. Al estar en posiciones de avanzada, he podido evadirme sin dificultad. He caminado toda la noche hasta llegar a esta casa destruida y abandonada, donde he decidido esconder mi diario. Quizás un día pueda volver a recogerlo a una España unida al resto de las democracias mundiales, por la que tantos hemos luchado, desde las trincheras de la libertad.

– Me desperté de repente. Me había quedado dormido y contemplé, estremecido, cómo ardían los últimos restos de las tapas de plástico de aquel diario que, en mi somnolencia, tras leerlo con pasión, se me había escurrido de entre los dedos y caído sobre las llamas. Pero su contenido permanece íntegro en mi memoria, tal y como lo acabo de relatar. Y aún hoy, muy a menudo, me pregunto sobre el brigadista Svejik y el misterioso destino que le pudo acontecer.



LA ESPERA

Sara Pellicer



Yo estaba sentada con Pedro Etura y Ángel de Castro. He de reconocer que, por la mañana, cuando llegué a la tele y me dijeron que tenía que irme a La Almunia porque iban a declarar dos imputados en el Caso Molinos, no me apetecía en absoluto. Pero, una vez allí, me di cuenta de que era la noticia más divertida del día.

El ambiente era inmejorable. Decenas de periodistas de todos los medios charlaban animadamente a las puertas de los juzgados. Llevaban horas allí cuando yo llegué. Y además, hacía frío, a diferencia de los días anteriores, en los que los periodistas habían acabado rojos de tanto sol.

Era el primer día que yo cubría información sobre La Muela. Hasta el momento, me había librado. Así que no sabía muy bien quién era quién en el caso.

Está declarando dentro el secretario del Ayuntamiento de Cuarte –me dijo Pedro, el redactor de Aragón Televisión. Así que esperé a que saliera.

El rato pasaba entre risas, fotos, lectura de periódicos y cafés. Los vecinos pasaban por nuestro lado, pero prácticamente ninguno nos miraba. Ya estaban acostumbrados.

Todos estábamos distraídos cuando se abrió la puerta de los juzgados. Tocaba correr, coger el micro y correr. Tocaba colocarse donde se pudiera, esperar una respuesta.

- No puedo deciros nada, estoy bajo secreto de sumario –nos dijo el secretario. Y con eso nos tuvimos que conformar. No dijo ni una palabra más.

Volvimos a los puestos de origen. Yo, sentada entre Pedro Etura y Ángel de Castro. Y Tomás, de pie, más tímidamente, sin entrar demasiado en las conversaciones. El reloj de los juzgados avanzaba muy despacio y el viento aumentaba su velocidad.

Sabíamos que había otra persona dentro de los juzgados, un empresario. Otra respuesta escueta que había que esperar. Pero la duda nos asaltó. Unos decían que tenía que declarar una tercera persona. Otros no teníamos constancia de que nadie más tuviera que pasar por La Almunia. Se sucedieron las llamadas de confirmación a jefes y fuentes variadas. Nadie sabía decirnos a ciencia cierta quién, cuando ni cómo podía ser esa tercera persona.

De repente, nada de eso importó. Salía del juzgado el empresario. Él no se dignó ni a mirarnos. Su abogado se colocó delante de las cámaras, le acercamos los micrófonos y... silencio total. No abrió la boca. Nos miraba y nos sonreía, hasta que nos rendimos y le dejamos marchar.

Y ahí nos quedamos todos, sin saber muy bien qué hacer. ¿Nos quedábamos o nos volvíamos a Zaragoza? Se suponía que había una tercera persona que tenía que llegar a los juzgados o quizás ya estaba dentro...

¡Chis, chhhhhhhhhhis!

Me volví a mirar a un hombre que me llamaba desde el otro lado de la calle.

Señorita, venga aquí un momento –dijo el hombre, en voz muy bajita. Yo, con la excusa de ir al coche a por otra chaqueta, crucé la calle. Con un movimiento de cabeza, le indiqué a aquel hombre que se acercara al coche.

- Señorita, ¿qué hacen todos ustedes aquí? ¿Es que esperan a alguien?

- ¿No sabe usted lo que ha pasado con la alcaldesa de La Muela? –pregunté asombrada.

- Uy, sisisi, si no se habla de otra cosa en la radio pero, ¿a quién esperan hoy?

- Bueno, no sabemos muy bien, creemos que es una mujer, otra persona implicada en el caso... –mientras lo decía me preguntaba: ¿pero qué hago dando explicaciones a este hombre?

- Ay, señorita, ¿no sabe usted que en los pueblos todo se sabe?

- Sí, bueno, pero es que La Almunia no es un pueblo pequeñito... aquí viven siete mil personas...

- Sí, sí, ¡pero aquí las noticias vuelan! Los más viejos del pueblo sabemos muy bien lo que se mueve dentro de esas paredes.

- ¿Ah sí? ¿Y cómo hacen para conseguir la información? –una sonrisilla salió de mis labios. No quería reírme, pero la situación era bastante surrealista.

-Hija mía, son muchas horas sentados en estos bancos –afirmaba el anciano convencido.

- Ah, bueno –le dije, dispuesta a seguirle el juego– entonces sabrá si la persona que esperamos está dentro, o cuándo va a llegar... incluso quién es.

- ¡Pues claro niña! Se trata de una policía local de Alagón, una chica joven. Eso sí, no me preguntes por qué la han traído, que eso sí que no lo sé. Pero ha llegado esta mañana tempranito, ¡ni siquiera sus compañeros periodistas estaban por aquí! Lo que sí le puedo decir es que ha entrado por la puerta de atrás. Le apuesto un cafelito a que también sale por allí, y ¡en menos de lo que se piensan!

- ¡Sara! –Tomás me gritaba desde la entrada de los juzgados y me volví para mirar.

- Está bien –le dije al anciano mientras volvía la cabeza– me apuesto ese café... –pero no pude acabar la frase. El anciano ya no estaba, allí no había nadie.

- Volví junto a mis compañeros.

- ¿Dónde estabas, Sarita? –me dijo Tomás.

- Coge la cámara y ponte junto a la puerta trasera... he tenido una... ¡intuición femenina!

Los demás nos siguieron. Ninguno sabía lo que estaba pasando, cualquier idea era válida. No pasaron ni cinco minutos cuando una chica joven salió de la puerta trasera y corrió para meterse dentro de un coche rojo, que salió como una exhalación. En total, la escena duró unos quince segundos.

- ¡La tengo! –gritó Pedro Etura, aún con la cámara en la mano.

- ¡Yo también! –rieron todos los demás a la vez.

- ¿Cómo lo has sabido, Sara? –me preguntó Coloma, el redactor de Heraldó.

- Bueno –comencé, modestamente– es la suerte de los principiantes, mi primer día en La Almunia, ¡y ya ves!

Tomás y yo nos montamos en el coche, de vuelta a Zaragoza. Cuando llegué a Ruiseñores 57 todos estaban emocionados con la imagen. Ninguno supo nunca cómo conseguí aquel soplo. Ni yo misma lo he llegado a saber todavía...



AMANTE CADÁVER

Isabel Poncela

Louis Magestic anda a gatas gran parte del camino. Suele hacerlo siempre que sus inflamadas manos le dan un pequeño respiro. En parte le recuerdan a su niñez cuando, siempre que su padre no estaba en casa, recorría el pasillo arriba y abajo de esta guisa, como si fuera un auto de choque. Tenía grabados en su memoria cada uno de los lamparones de la moqueta de aquel pasillo, a pesar de que semana tras semana su madre se esforzaba, de rodillas, en eliminarlos.

Louis padecía una rara enfermedad que le hacía recorrer largas distancias para llegar a dos puntos próximos siempre que tenía prisa. Había pensado muchas veces que eso podía deberse a su ansia por conocer mundo, pero la realidad era que cuando estaba desocupado se dedicaba a descansar en su sofá sin más actividad que presionar los botones de su mando a distancia... Su manía por invertir demasiado tiempo en llegar a los sitios a los que era urgente llegar y su manía por andar a gatas por la redacción habían acabado prematuramente con una prometedora carrera en el periódico más importante de la región. Y eso que nunca la profesión periodística local había contado con un redactor de sucesos tan eficaz, tan incisivo, tan locuaz y tan macabro como Louis.

Louis vivía solo, no tanto porque le gustara, sino porque era demasiado simple. Demasiado simple para todo.

Pero ésa no era la única razón. Además de la manía de andar a gatas y de su simpleza y de su enfermedad, ésa que le hacía recorrer tres kilómetros para comprar el pan, Louis convivía con una profunda, inconfesable y pesada carga: excepto una, todas las mujeres que habían pasado por su cama alguna vez, siquiera fugazmente, estaban muertas. Sin él desearlo, por supuesto. Bueno, ni siquiera hacía falta que hubieran llegado hasta su cama. También estaba muerta la amantísima madre de familia que se cepilló en un banco recóndito de una plaza una noche de borrachera y lluvia. Y la cuñada de su hermano, a la que se benefició en el cuarto de los ascensores de su propia casa después del quinto cumpleaños de uno de sus cuatro sobrinos. Todas muertas. Siete mujeres con siete bocas, siete orgasmos en total, ni uno más ni uno menos, no era hombre de muchos dispendios. Y siete cadáveres. Siete muertas justo a los cuatro días, todas a los cuatro días, de haber entrado en contacto con su semen.

La sospecha se hizo certeza después de la cuarta muerte. Y evidencia tras la quinta. La sexta y la séptima fueron sin pensar. Actuó como un matarife que lleva a la res al matadero. “La urgencia es la urgencia”, pensó en esas dos ocasiones.

Y eso que se controlaba. Desde la madre de familia del banco de la plaza, sólo follaba en años pares.

2008 era año par. Sólo le quedaban 19 días de diciembre para perpetrar su siguiente asesinato? La verdad es que no sabía como llamarlo. Asesinato se le antojaba demasiado fuerte porque realmente en su acto no había ánimo de matar, aunque indefectiblemente sabía que eso era lo que sucedería. Fuera lo que fuera, le quedaba muy poco tiempo.

Muchas veces había pensado acabar con su propia vida de la misma forma que lo hacía con la de ellas. Tantas veces lo pensó como lo intentó,

bebiendo su propio semen... pero algo fallaba; en él no producía el mismo efecto. La primera vez que lo intentó pasó los siguientes cuatro días dilapidando toda su fortuna, vendió todas sus pertenencias y disfrutó de sus cuatro últimos días como si efectivamente lo fueran.

Desde entonces estaba enfermo, simple, cabizbajo y además arruinado.

Deseó poder seleccionar a su próxima víctima, soñaba con encontrar a la mujer que mereciera tal castigo. Pero se dio cuenta que nunca ella se dignaría a acostarse con él. Ella (la única que permanecía viva) tenía rostro y nombre... y durante mucho tiempo compartieron cama. El mismo tiempo en que él fue profundamente infeliz; el mismo tiempo en que ella envenenó su esperma a base de falta de cariño, incompreensión y mala leche, a base de ahogarle y no dejarle respirar, lo que le había hecho crecer una tajadera entre el pecho y la garganta. Deseaba poder darle de beber ese elixir que ella misma había creado, destrozándole la vida. Pero ahora, enfermo, triste y arruinado, sabía que nunca podría volver a llegar hasta ella...

Seguramente su próxima víctima sería aquella prostituta que, triste y arruinada como él, pasaba las noches deambulando por la misma calleja en la que él solía pasar sus borracheras, gateando como cuando era niño, buscando lamparones en su vieja moqueta y rodeado de hermanos y juguetes usados...

Algunos vínculos desafían la lógica.

Louis Magestic era de todo menos desafiante, creía él. Pero aquel día, a quince de que acabara el diciembre de aquel puñetero año par, se enfrentó a sus creencias y a su propia naturaleza. ¿Quién era él para condenar a la muerte por sexo a la pobre puta del callejón? Sólo una mujer en el mundo lo merecía, y ésa era otra, la culpable de que hoy él se arrastrara a gatas por los rincones; la responsable de su manía de dar incongruentes rodeos para llegar a un punto cercano; la indirecta responsable del fin de

una exitosa carrera que indefectiblemente le llevaba a ser el redactor jefe de local; la que lo convirtió, sin querer, en un asesino involuntario. En un Amante Cadáver.

Primero el placer, y luego la muerte.

Algo destinado en principio para el goce, en su cuerpo se convertía en una mortífera arma. Y ella tenía la culpa de todo.

Por eso, desechó la opción de la puta del callejón. Le caía bien, y sentía simpatía por la gente desgraciada. Un extraño y estrecho vínculo había nacido entre los dos, aunque ni siquiera se conocían. Espiarla desde su asqueroso baño había despertado en él cierto sentimiento, al que sin embargo era incapaz de poner nombre. Eso por no hablar de su par de tetas...

A quince días del fin de diciembre de aquel puñetero año par, Louis Magestic se asomó al ventanuco del baño, el que daba al callejón, y vio a la chica resguardándose del frío en el portal de la tienda de repuestos de automóvil, medio desnuda pero con gorro de lana y unos guantes de esos que no tienen dedos. Entonces le entró una rara sensación de ternura, mezclada con un irremediable deseo de sexo, y se masturbó. Y por primera vez en muchos años lo hizo pensando en otra mujer que no fuera aquella desgraciada que le había jodido la vida.

Justo cuando el semen asesino salía de su cuerpo, sonó el teléfono. El impaciente repiqueteo le hizo tener un presentimiento. Ni siquiera se limpió las manos.

La única mujer que había sobrevivido a sus jugos asesinos había muerto. Intoxicada. Salmonella en una boda.

“Otro fracaso –se lamentó Louis–. No la retuve y ni siquiera he sido capaz de matarla”.

Fue al funeral sólo para cerciorarse de que aquella desgraciada estaba bien muerta. Para constatar que toneladas de tierra le impedirían volver a amargarle la vida.

Pero la última paletada cayó en su alma como un bloque de hormigón de doscientos kilos. Lo sintió físicamente, tanto que desfalleció, y aterrizó a cuatro patas, como cuando recorría el pasillo arriba y abajo como si fuera un auto de choque. Y fue capaz de recordar cada uno de los lamparones de la moqueta, que su madre se empeñaba en hacer desaparecer sin éxito... En aquel preciso momento, a la vez que el cura pronunciaba el “descanse en paz”, sintió el mayor orgasmo de su vida, uno tan fuerte que le hizo llorar. Y tuvo la certeza, tanto como la que sintió con la cuarta muerta, de que aquella mujer se llevaba a la tumba el veneno de su semen.

No sabe por qué; lo sintió. Y le faltó tiempo para ir a buscar a la puta del callejón.

Al tercer polvo, que ella le regaló, supo que aquella mujer no iba a morir...

Entonces, aún con el olor del sexo flotando en su habitación, levantó el teléfono y marcó un número que guardaba marcado a fuego en su memoria:

- Antonio, tengo una historia cojonuda para tu contraportada.

(por P.P)



CORPUS CRISTO

Javier Romero

*“Estando un día en la chabola
la pestañí vino a por mí
porque choré pa mis niños
que los tenía sin comer
y me llevaron y me llevaron
ay, que solitos los quedé”.*
Los Chunguitos

Total, no es pa'tanto. El Iván, el Cristian y yo no habemos hecho daño a nadie, señor comisario... ¿Ah, que no es comisario? Bueno pues, señor policía de la escala básica o lo que sea (siempre es mejor que sobre que no que falte, ¿no?). Yo le voy a explicar lo ca pasao, porque aquí no ha habió robo ni ná. A nosotros no nos gusta hacer las cosas por vicio ni por hacer mal a nadie. Lo que habemos cogío ha sido pa comer. Bueno, el Cristian comer, come poco. Todo se lo mete por la nariz, pero es buen chaval y se está quitando.

Esta mañana hemos quedao en el bar de la Aurori pa desayunar. Otra cosa no, pero como yo me digo, pa trabajar hay que ir bien dormío y bien

comío. La cosa no ha empezao bien porque al Cristian se le ha cortao el café con porras y ha echao las tripas... Bueno eso, ha gomitao o como se diga. La Aurori sa'mosqueao y nos hemos tenido que abrir sin pagar. Que conste que yo quería pagar pero, como el Iván no paraba de llamar zorra a la Aurori, yo me los he llevao en evitación de males mayores.

Hemos entrao en ese banco casualmente y sin alevosías. Nosotros pasábamos por ahí y hemos leído un cartel en el escaparate que decía: “¿Tienes un sueño? Nuestro Plan Joven te ayuda a hacerlo realidad”. Y claro, nosotros, que somos jóvenes y tenemos sueño, hemos entrao. Y luego ha venío el malentendido, señor policía. A mí nadie me habrá escuchado decir “¡esto es un atraco!”, como mucho habré dicho “¡estoy sin tabaco!”. Se lo digo como lo siento, el primer sorprendió he sío yo cuando han empezado a sacarme vengas de billetes y billetes. Y todavía querían darme más, pero menos mal que la caja fuerte tenía defecto retrasao y no se podía abrir. A mí me se han puesto los pelos de gallina de la emoción y he pensao: “mira que hay güena gente en el mundo. Nos han visto que somos de una minoría desfavorecía y nos quieren ayudar”. Así que hemos cogío el dinero y nos hemos ido corriendo, no fuera a ser que cambiaran de opinión. Y lo mismo que le digo una cosa, le digo la otra, no m'ha gustao el detalle del Cristian de llevarse la cubertería que tenían allí en el escaparate. Bien está que ponía que era de regalo, pero a mí no me gusta abusar de estas cosas.

Luego ha venío lo del accidente. El siniestro se ha producío cuando el Cristian ha empezado a gomitara otra vez, ¡venga de gomitara! Y el Iván, que para esas cosas es mu asqueroso, se ha puesto nervioso y se le ha ido la moto. Claro, como íbamos los tres montaos, no s'ha podío hacer con ella y hemos rodao largos por el suelo. Del golpe me he quedao así como trasustanciao. Menos mal que el Iván me ha dado un sopapo pa que se me articulara la sangre. Pero, no vea, me ha quedao un dolor estomagal así en el costao, que todavía me dura.

Lo peor de to, señor inspector, es ver la poca humanidad de las personas. Han empezado a meter cizalla diciendo que si éramos unos cho-

rizos, que si éramos unos delincuentes y nos hemos tenío que marchar corriendo; y allí s'han quedao tiraos tos los tenedores y las cucharillas de plata.


Na más llegar a casa del Cristian, el Iván ha dejao los billetes en la mesa y se ha ido al váter a hacer sus disposiciones... bueno eso, sus deposiciones o como se diga; pero s'ha encontrao una cucaracha. Como es así mu asqueroso, en vez de espachurrarla de un pisazo la ha cogío con un periódico y la ha tirado a la taza. Pero, claro, la mu puñetera no dejaba de patalear en el agua y el Iván ha ido a la cocina a por el insecticida y le ha vaciao medio bote pa rematarla. Lo qu'ha pasao después lo tengo así un poco en neblina por el golpe que me ha dao la puerta. Por lo que parece, el Iván s'ha sentao en el váter y se ha puesto a fumar. Se ha escuchao una explosión y han empezao a salir volando los billetes por las ventanas, por la onda expansiva. La casa s'ha quedado siniestro total. Y al Iván le van a tener que dar puntos.

¡Pero..., bah! No sé para que le digo ná, si no me está haciendo ni puto caso. No voy a hablar hasta que no me lleven delante del señor juez. Así que quiero poner un corpus cristi... Bueno eso, un habeas corpus, o como se diga.



FOTOS A LA VENTANA

Lucas Rubio



Fotos desde una ventana a La Ventana. Así podría resumir o incluso titular la experiencia que viví el 13 de junio de 2008. Era viernes y hacía calor. A las tres del mediodía debía estar desalojado, por motivos de seguridad, todo el recinto de la Exposición Internacional del Agua. Al día siguiente se abrían en Zaragoza las puertas de la Expo 2008. Yo trabajaba en el departamento de comunicación del Pabellón de España y, a las dos de la tarde, los empleados de seguridad nos recomendaron abandonar el lugar. Que te manden a casa a mitad de tu jornada laboral es motivo de alegría para cualquiera. Sin embargo yo tenía una especie de misión que cumplir. Sabía que esa tarde se abría una ventana muy especial en Zaragoza. Concretamente en algún punto del meandro de Ranillas, cubierto recientemente de cemento y arquitectura extrema.

Tras algunas llamadas supe que estaba previsto abrir la Ventana desde alguna de las numerosas terrazas que adornaban los edificios y pabellones de la Expo. Aquello iba a ser como encontrar una aguja en un pajar. Varias decenas de terrazas y muchas preparadas para emitir programas de Radio y TV. Claro, al día siguiente se inauguraba la dichosa Expo, que era el acontecimiento del fin de semana. Por suerte para mi sofo-

cada búsqueda de la terraza correcta y a pesar del solazo veraniego de Zaragoza, ese día soplaba el cierzo. Y vaya si soplaba. Resulta que cuando encontré la supuesta terraza, desde donde mi admirada Gemma iba a abrir su Ventana, el cierzo soplaba demasiado fuerte, un técnico que pasaba por ahí me dijo habían decidido no emitir el programa desde la azotea a causa del viento. Por eso, la búsqueda continuaba, debía seguir buscando el lugar donde se iba a abrir la Ventana, sin ser descubierto por las patrullas de Policía Nacional y de Seguridad Privada que recorrían el, supuestamente desalojado, meandro de Ranillas.

Eran ya más de las tres del mediodía, hora en la que no debería quedar ninguna persona no autorizada dentro de la Expo. Yo, a pesar de tener mi acreditación, no estaba autorizado para estar allí en ese momento, pero sabía que La Ventana se abriría en menos de tres cuartos de hora desde un pequeño estudio de radio situado en el Pabellón de Zaragoza. Ésa era, al menos, la última información que había conseguido. Tras jugar mi último cartucho complacido y no poder asegurarme la asistencia, el programa estaba a punto de comenzar, debo esperar fuera. Conecto mis auriculares. Sintonizo la frecuencia 93.5 de la FM en mi nuevo móvil de empresa y espero a que aparezca alguien detrás de la catenaria que impide el acceso al pabellón de Zaragoza.

Por fin nuevas noticias. Con suerte podré estar un rato mirando cuando se despeje, me dice una chica de producción. Hay mucha gente y es un estudio muy pequeñito, me dice amablemente. Yo, en un intento por dar cierta lástima, le suelto el rollo de la devoción profesional y admiración que siento por Gemma, y que era un plumilla, un currela más del pabellón de enfrente (literalmente hablando). Mi única intención era la de ver en directo cómo se abre esa Ventana por la que me asomo a diario, como tantos otros “oyentes”, término al que le tengo mucho aprecio. Me encantaría ser un “oyente” de esos, como nos llama Gemma y, por fin, poder mirar por una pequeña ventana y ver, además de oír, lo que pasa en La Ventana. Después del boletín de las cinco escucho a Fernando Delgado, mientras espero apoyado en una barandilla frente a la entrada

del pabellón local, dejando que se caliente mi cara con el calor del sol. Al rato aparece de nuevo la chica de producción para decirme que igual hay que esperar un poco más.

Me acerco a la catenaria a escuchar sus palabras. Yo, como buen periodista novato y fanático de la Ventana, estaba dispuesto a esperar lo que fuera necesario. Le doy las gracias y pienso que escucharé la segunda hora de Ventana tomando el sol. Cuando tornaba mis pasos de vuelta a la soleada barandilla, Patxi Mangado, invitado al programa, cruzó la escena como un rayo. Al llegar al umbral de la puerta del pabellón se giró, vino hacia mí como dudando y me preguntó: ¿Tú eres del equipo de Pedro (Molina, mi jefe en ese momento), no? Yo, incrédulo, respondí afirmativamente con un tímido: Sí, sí. Patxi es el arquitecto del Pabellón de España y nos habíamos cruzado varias veces. Incluso le había hecho una entrevista hacía algo más de un mes. Vaya, que le tenía que sonar mi cara por una cosa o por otra. Me faltó tiempo para estrechar lazos con tan ilustre invitado, haciéndole saber que mi madre y él eran paisanos de Estella. Este comentario le sorprendió y le agradó a la vez o por lo menos esa fue la impresión que me dio. Vaya, que si para colarme en La Ventana debía dejar de ser medio maño y medio estellica y ser el más estellica del la Expo, exceptuando a don Patxi Mangado, estellica éste sin igual, pues ahí estaba yo. Mangado me dio un abrazo cuando terminó de reconocermme y yo intenté entrar con él. De hecho, fue él quien le comentó algo a la amable chica de producción. Creo que fue así como conseguí colarme y poder sacar a través de no una, sino dos ventanas, las fotos que tanto quería sacar de la Ventana.

Es emocionante ver como se hace un programa de radio que escuchas a diario. La comunicación silenciosa, a través de gestos y miradas que fluye entre el control de sonido y la presentadora. El lenguaje corporal de ésta al entrevistar a los invitados. La cara de algunos entrevistados menos acostumbrados a atender a los medios de comunicación, al ver en marcha semejante despliegue. Los colaboradores esperando para intervenir en su espacio. Descubrir todas esas cosas que al ser solo un “oyente” te tienes

que imaginar. Parece que se pierda la magia de la radio, pero me encantó hacerlo. Fue como un subidón constante. Un cosquilleo recorría mi cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Desde hacía tiempo, años, quería ver a Gemma Nierga en acción. Gracias. Muchas gracias, a Patxi Mangado, a la chica de producción de cuyo nombre no puedo acordarme, a Plácido y a Gemma. De verdad, os lo agradezco mucho.

El estudio era realmente pequeño. Yo estaba detrás de una ventana que daba al control de sonido, desde donde se veía el estudio a través de otro ventanal, intentando sacar fotos evitando el doble reflejo de tanta ventana. A mi lado había una chica joven con coletas. Me presenté y le ofrecí un auricular para que pudiera escuchar el programa. Aceptó y me dijo que la iban a entrevistar en un rato. Le pregunté el motivo y me contó que estudiaba interpretación y que su trabajo ese verano era meterse en el disfraz de Fluvi, la mascota de la Expo que, se supone, representa una gota de agua. Reconoció estar algo nerviosa. Yo la envidiaba y se lo hice saber. Luego apareció un grupo de niños. Y pensé: ¡Bien, vuelve la Tertulia de Niños! Aunque parecían la típica excursión escolar, de esas que invaden cualquier museo o granja escuela con gritos, carcajadas y persecuciones varias, pero en seguida, creo que fue la chica de producción, les advirtieron de que debían esperar en silencio y tranquilitos. Eran un coro y tenían previsto cantar en el programa la canción de Bob Dylan que Amaral había versionado como himno de la Expo. Reconozco que cuando la cantaron se me puso la piel de gallina.

La tercera hora de programa comenzó en la azotea que, la verdad, puestas a abrir una Ventana en Zaragoza, desde ahí arriba había unas vistas bastante más espectaculares. El Ebro bajando crecido, al fondo se levantaba la imponente estación Delicias, también se divisaba el llamado cariñosamente por los obreros Puente de la Mora o Pabellón Puente, y el resto de edificios emblemáticos de la muestra. Ahí arriba, a pesar de haber dado una pequeña tregua para abrir la ventana unos instantes, el cierzo seguía soplando. Tras la intervención de Jaume Figueras y la entrevista con el director del Cirque du Soleil, encargado de El Despertar

de la Serpiente (un desfile diario durante la Expo), todo el equipo volvió a trasladarse al pequeño estudio del principio. Era demasiada jeta intentar de nuevo colarme en el pabellón de Zaragoza para ver la última media hora. Sin embargo no pude resistirme a preguntarlo, pero nada. Ya había tenido suficiente subidón, había disfrutado de lo lindo. Eran más de las seis y media de la tarde y no había comido nada todavía. Salí orgulloso de la Expo y me dirigí a casa de un colega que vive a lado del meandro. Llamé al timbre del portal con un litro de Ambar para celebrar mi conquista y le pedí que me diera algo de comer, por favor. A lo que me respondió, anda sube, canalla.



UNA DE BOMBEROS

Pilar Sopeséns

¡Pam, pam, pam! El ruido se oyó en toda la calle y eso que es larga. Eran las once y media de una noche de enero, estaba a punto de irme a dormir y, de repente, ese maldito ruido tras el cual se hizo el silencio más absoluto. Teniendo en cuenta donde vivo, lo primero que pensé es que eran disparos. Así que siguiendo mi instinto periodístico pensé “si pasa algo, quizá la policía necesite testigos” y me acerqué sigilosa a la ventana por si los asesinos seguían en la calle, aparté el store y... nada. No vi nada ni a nadie.

Entonces, se volvió a oír “¡pam, pam, pam!” y me fijo con horror, reflejado en el cristal de un balcón de la otra acera, ¡que salen chispas de la fachada de mi casa! “¡Pam, pam, pam!” Cada vez más ruido, cada vez más chispas que se convierten en llamas. Y yo, periodista somnolienta de pro, ¿qué hago? “Tranquila Pilar, el suelo es de parquet, no te puede pasar nada”. Y me quedo muy quieta en mitad del salón. Apago la radio y otros aparatos eléctricos excepto la luz, y espero. Podría, sagaz y aventurera, haber llamado a los bomberos, pero... no.

De repente, el reflejo de unas luces rojas, gritos, movimiento. Me asomo por una esquinita de la ventana, para que no me vean, como una vieja

figona. Están desembarcando dos camiones de bomberos que buscan, preocupados, por donde acceder al cableado en llamas.

Entonces, uno se da cuenta de que les estoy observando y me hace señas, ¡como si fuera tonta! para que les abra. Y claro, una, que tiene un gran sentido cívico, allá que va. Como he dicho, estaba a punto de irme a la cama, con lo cual, mi aspecto dejaba un poco que desear: zapatillas de casa de peluche fucsia, pantalón de pijama de osos amorosos, camiseta azul turquesa XXL, sudadera marrón con calaveras doradas, gafas y para rematar, una diadema, que, con pelo corto, quita un poco de estilo.

No hay luz en la escalera. Los bomberos se impacientan. Cojo un mechero, bajo y dejo la puerta de casa abierta. Los bomberos me gritan. Abro y entran corriendo cuatro hombretones con sus extintores, sus máscaras de gas, su ropa ignífuga, sus botas de goma... y el último grita “¡Vamos a tu casa, eh!” Y yo, encantada, claro. ¿Qué mejor que cuatro bomberos para animar la noche?

Subo la escalera esperando verles en el salón, donde tengo el balcón, pero se han adueñado del dormitorio. He de decir que mi piso tiene 36 metros cuadrados, no había muchos más sitios donde elegir.

Y claro, una no piensa que va a recibir a cuatro bomberos en su cama (si no, hubiera obviado el pijama de osos), por lo que además de la cama, tuvieron que apartar montañas de ropa, de esa que se va depositando en diversas partes de la habitación de manera misteriosa.


Les oigo trajinar encantada, “¿Traes dos de nieve carbónica?”, “Sí, ¡no te preocupes!”; “¡Cuida con ese cable!”. Yo mientras me adecento, me quito la diadema, me estiro la camiseta... Uno de los bomberos, que debía ser el jefe, me da conversación en el salón, hablamos sobre el último disco de Vinos Chueca mientras sus compañeros se afanan por detener el fuego.

Todo duró unos seis minutos. Y cuando terminaron, espero ansiosa ver salir de mi alcoba a los bomberos del calendario. De repente aparece uno más bajito que yo, seguido de un calvito con tripa y otro muy flaco, el de la nieve carbónica. Pero en la sombra se adivina la silueta de un muchachote alto y fornido. Allí estaba él, casi dos metros de altura y máscara de Darth Vader. Se para delante de mí y pregunta “¿Se sale por aquí?” con voz de castrati italiano. En ese momento, desaparecieron todos mis mitos sobre bomberos y pensé que a los del calendario los sacan sólo para eso, para posar. De todas formas y cambiando algunos detalles, ¿quién puede presumir de haber tenido en su dormitorio a cuatro bomberos en una fría noche de enero?



POR UNA PESETA

Amalia Soro



Aeropuerto de Zaragoza, son las ocho de la mañana. Diversos medios de comunicación subimos a una avioneta fletada expresamente para nosotros. En el aparato éramos trece personas; nos dirigíamos a Sevilla en donde íbamos a asistir a la compra del Pabellón que Aragón había montado en la capital hispalense durante la Expo 92. Por una peseta nos íbamos a traer a Zaragoza un montón de alabastro, tejas policromadas, estructuras, metales, etc... muy bien embalados, eso sí, porque habría que volver a montarlo junto al Ebro esta vez, para que ese emblema de nuestra tierra se reflejara en las aguas del río y presidiera con su iluminada piedra las riberas. La idea de desmontar el pabellón e instalarlo en nuestra comunidad fue desechada en su día por la DGA porque suponía un alto coste, así que se decidió su venta por una peseta simbólica a Par-tecsa, la sociedad gestora del Parque de la Cartuja de Sevilla. La Confederación Regional de Empresarios de Aragón, la CREA, fue la que se hizo cargo más tarde, en el año 1998, de la recuperación del Pabellón comprándoselo a Isla Mágica, que se lo vendió de nuevo por una peseta.

Una vez instalados los periodistas en la avioneta, y en las aproximadamente dos horas que duró el viaje, tuvimos tiempo de hacer bromas

sobre el número trece, de alterarnos con las turbulencias que padecimos y hasta de contar chistes.

Arribamos a la bella ciudad andaluza y a los pocos minutos estábamos en Isla Mágica trepando por las piedras y por lo que había sido el Pabellón aragonés que ahora parecía estar en ruinas.

Eran tres alturas de paredes despintadas y a través de algunas ya se veía el exterior en donde crecía una maraña de árboles, arbustos y matojos en lo que años atrás habían sido hermosos arriates ordenados y recortados que rodeaban o flanqueaban el pabellón; ahora lo estaban ahogando. Lo comentábamos y nos preguntábamos de qué forma se podría recuperar todo aquello que parecía un laberinto de cemento encofrado, armazones de hierro y desorden. Las chicas que habían ido con zapatos de tacón se los dejaban por las grietas. A mí se me ocurrió llevar falda estrecha y si no es por los compañeros ni subo el primer peldaño.

Unos periodistas por aquí, otros por allá subiendo por los tableros que servían para pasar de un lado a otro; uno que se asomaba imprudentemente a lo que había sido una ventana, otro que hacía un comentario jocoso sobre la situación, aquel que casi se da de narices con un tablón que atravesaba un intento de escalera... pero eso sí: todos íbamos con el preceptivo casco de color amarillo que a alguno a duras penas le encajaba en la cabeza.

Tras el recorrido entre andamios y embalajes y ya en tierra firme, pusimos fin a la excursión alpinista y se dio una especie de rueda de prensa entre cascotes y bajo un hermoso cielo azul.

Ya era más de mediodía y casi todos teníamos un poco de hambre, teniendo en cuenta que muchos de nosotros sólo se habían tomado un café a las siete de la mañana, pero no tardamos en disfrutar de un soberbio jamón de Jabugo y de un sinfín de delicatessen en la sede de la Confederación de Empresarios de Andalucía.

Tras este agasajo de los constructores sevillanos y como no era cuestión de perder tiempo, nos llevaron a uno de los restaurantes más prestigiosos de Sevilla: Casa Robles. Allí volvimos a restaurar fuerzas tras el “duro” trabajo realizado y dimos buena cuenta de todo lo servido; y como ejercicio para acelerar el metabolismo de tanto bueno como habíamos ingerido, nos llevaron al Parque de Atracciones de Isla Mágica para que pasáramos una sobremesa divertida hasta la hora de regresar.

Mientras la mayoría de compañeros se subían a los aparatos exponiéndose a echar la comida, yo, prudentemente, les dije que me encargaba de hacerles las fotos; y sin pensarlo, para que éstas salieran mejor, me coloqué en un sitio de difícil salida, justo al final de la rampa, donde recalaban las barcas que bajaban a toda pastilla atravesando la gran cortina de agua, pero la que quedó bien fui yo, ya que cada vez que bajaba una barca, ¡y fueron muchas!, me daba un buen baño.

Felizmente, ninguno de mis compañeros se mareó, yo me sequé y disfrutamos como enanos.

Y ya, por fin, derrengados de tanta marcha, subimos a la avioneta, de vuelta al Aeropuerto de Zaragoza, en donde aterrizamos sanos, salvos y con algún kilito de más, tras un día de trabajo tan fatigoso. Y todo por una peseta.



EL MISTERIO DE SANTA ENGRACIA

Javier Vázquez

Nunca se supo el motivo; ni entonces, ni ahora. Ocupó durante días páginas y páginas en los periódicos e incluso fue motivo de inspiración para novelistas consagrados como José María de Quiñones, que le dedicó al asunto uno de los cuentos de su libro “Esperanzas de anochecida”.

Hay quien dijo en las tertulias del Ambos Mundos que era como si la propia vida se hubiera revelado, convirtiéndose en la guionista de un folletín por entregas. Y era cierto. La historia aquella tenía todos los ingredientes necesarios: una protagonista joven, guapa y conocida, escenarios de lujo y oropeles, una ciudad como testigo de cargo y un aliño de misterio y truculencia que terminaba de aderezar el culebrón. Si a todo esto se le suma la curiosidad morbosa de los vecinos del asunto, reconvertidos en lectores de sus propios testimonios, el éxito de la empresa periodística estaba garantizado.

Las ediciones de la tarde se agotaban al poco de salir a la calle y eran la comidilla de ricos y de pobres, de burgueses y de proletarios, en los corros de vecindonas y en los salones de té del Gran Hotel. Allí también, a golpe de cucharilla sobre porcelana inglesa y entre brioche y biscuit, se

hablaba de lo mismo; del asunto que quitaba los desvelos a la planchadora de la calle Mártires con el vestuario descocado del cabaré vecino entre manos y que provocaba las mismas correzizas de magín en la vedette que luego desplancharía el vestido que plisaba la primera.

Era la fuerza de una historia que movía a la compasión, en unos casos, al juicio inquisidor, en otros, y al chismorreo impenitente en todos. Una historia de la que nunca se supo el motivo. Ni siquiera ahora que tiene ya una pátina octogenaria. Una historia que le costó el puesto a más de uno, que terminó relegado a los archivos de una comisaría, en parte, por el acoso de una canallesca de retórica florida, ávida de datos con los que alimentar al monstruo que habían creado. Y a falta de pan, optaron por convertir en torta al pobre inspector Melitón Gandía, que acabó inmolado en una caída de escalafón ante lo que los chicos de la pluma afilada y el verbo mordaz calificaron noche y día de “incomprensible inoperancia y supina inutilidad” para resolver el misterio que “impide el sueño reposado y plácido de las féminas de la ciudad, aterradas, ante la más que probable opción, de ser ellas la próxima víctima de la vesania”¹.

Ochenta años después de aquello, lo que la prensa bautizó como “El misterio de Santa Engracia” tiene ya más de leyenda que de realidad; a pesar de que fue una historia real y bien “real”. Y nada que ver con la santa, sino con la plaza a la que presta nombre; y también con una tal Manolita Suñén, reina de las Fiestas de Primavera de 1926, simpatizante con las ideas republicanas, y activa colaboradora de los movimientos en pos del sufragio femenino.

A excepción de un retrato iluminado del día de su proclamación como reina de los festejos, poco testimonio gráfico queda de las gracias de la Suñén; que además de agraciada debía de ser graciosa, pues comenzaron las lenguas malas a decir que recibía en los salones familiares de la plaza de Santa Engracia número tres a un misterioso caballero, enjuto, de bigotes encerados y pelo engomado, siempre con gabán de cuello levantado, embozo que le medio cubría el rostro y botas lustradas.

1. Extracto de prensa de la edición vespertina del Correo de España del jueves 17 de febrero de 1928. Título: “Solución in extremis a la inoperancia”. Firma de Samuel Retortillo.

Lo curioso del asunto es que al caballerete siempre se le veía aparecer coincidiendo con la visita —oficial u oficiosa— a la ciudad de su alfonsina y décimo tercera majestad. Y hete aquí que en una de aquellas estancias que había requerido al monarca la inauguración de no sé qué biblioteca del Círculo de Amigos del País, “un anarquista que se cruzó con Su Majestad, paseando de incógnito por la ciudad tras asistir píamente al rezo del Santo Rosario en el templo metropolitano de Santa Engracia Mártir, trató de atentar contra Don Alfonso con una faca cabriteras”².

La algarada que se originó con el ataque frustrado acabó con el anarquista abatido a sablazos por uno de los hombres de confianza que acompañaba al monarca en su paseo. Una florista que se hallaba entre los viandantes contó que, al ver a su señor en peligro, el guardia surgió como un Sansón de entre las sombras de un portal, reduciendo al instante al agresor, que quedó tumbado agonizante sobre un charco de sangre, a pocos metros del cuchillo que había tratado de utilizar en el ataque.

La oportunidad, el cómo sabía el agresor de la presencia del rey en aquel lugar nunca se supo. Tampoco las intenciones ni el motivo que le llevaron a tratar de asesinarlo; ni si actuó solo o en connivencia con otros.

Lo cierto es que sobre las cabezas de unos y de otros, y de forma paralela, se producía un segundo revuelo al que vivían ajenos. Tras el ventanal modernista con motivos vidriados de aves tropicales del primer piso del número tres de la plaza de Santa Engracia, Manolita Suñén, nacida Asunción Manuela del Pilar Suñén y Fernández de Galipote el 20 de agosto de 1909, se recuperaba entre arrebos y tendida en la cheslón estilo imperio del salón de sus papás de la lipotimia que acababa de sufrir, después de que su señora madre, doña Encarnación Fernández de Galipote de Suñén, la encontrara minutos antes en el diván “rezando los misterios gozosos” del Rosario en compañía.

2. Extracto de prensa de la edición del sábado 29 de enero de 1928 del Correo de España. Título: “Atentan contra el Rey en Santa Engracia”. Firma de Rómulo Escoriaza.



EL CORREVEIDILE

Ricardo Vázquez-Prada

Richard Foucret comenzó a subir las estrechas escaleras que conducían a la redacción de “L’Echo de Ventjaloux”. El corazón le latía con fuerza. Sólo hacía cuatro días que había sido contratado como periodista en el diario, el más importante de la ciudad¹, y empezaba a cumplir su sueño de ser redactor, lo que le producía un sentimiento encontrado de alegría y nerviosismo a un mismo tiempo.

De pronto escuchó una voz a su espalda.

- ¡Eh, chico! Eres el nuevo, ¿no es verdad?

Richard se giró en mitad de la escalera y vio a un hombre de mediana edad alto y delgado, con gafas, de cabello entrecano, bien trajeado.

- Sí, soy Richard Foucret.

1. Ventjaloux es una imaginaria ciudad francesa situada cerca de Aviñón, junto al Ródano, donde el autor ha situado la acción de dos de sus libros de cuentos de humor: “La ciudad del viento” y “Retorno a la ciudad del viento”. (Algunos malpensados aseguran que se trata de Zaragoza, pero sólo son inanes chismorreos de correveidile).

- Yo soy Jean Cotel.

Se dieron la mano.

- Chico, dijo Jean, has caído de pie. Debe ser porque el director es amigo íntimo de tu tío, ¿no es así?

Jean añadió a estas palabras una zalamera sonrisa.

- Bueno, aquí todo se sabe, prosiguió.- ¿No es ésa la principal virtud de un buen periodista? Por cierto, ¿a qué sección te han destinado?

- A la de sucesos.

- ¡Vaya forma de empezar! Esas son palabras mayores. ¿A qué hora terminas hoy?

- No lo sé. Hacia las nueve, supongo.

- Vendré a buscarte.

Entraron en la redacción. Richard ocupó su lugar tras una gran mesa compartida con otros redactores, junto a un ventanal que daba a la Avenida del General de Gaulle, la arteria principal de la ciudad. Pronto le requirió el jefe de sección. Le ordenó que llamara a la policía, a los bomberos, a las Casas de Socorro y a la Cruz Roja en procura de información. Richard volvió a su mesa y el día transcurrió entre llamadas y la elaboración de pequeñas noticias de escasa importancia.

A las nueve en punto de la noche Cotel se aproximó a Foucret y le preguntó en un susurro:

- ¿Quieres venir de bares?

Richard accedió. Era el primer amigo que hacía en la redacción y no había que desaprovechar la oportunidad.

Ya en la calle, Cotel le propuso:

- Mira, chico: si entramos en un bar y allí me conocen, pagas tú, y si no, pagaré yo. ¿De acuerdo?

Visitaron buen número de locales de la zona antigua, junto a la vieja catedral. En todas partes pagó Richard. ¡A Cotel le conocía todo el mundo, hasta las matronas que en aquella calurosa noche de verano se sentaban a la puerta de sus casas a tomar la fresca! Las saludaba a todas por su nombre, al igual que a los dueños de los establecimientos, los camareros, las mujeres de la limpieza, los barrenderos, un par de circunspectos canónigos, un pequeño grupo de gentes bien vestidas con pinta de abogados o jueces, varios policías, ¡y hasta un viejo torero espigado y calvo, que en el rincón de un restaurante barato daba buena cuenta de una apetosa paella del día anterior!

Richard, tras aquella exhibición de poderío que le había dejado a dos velas, se atrevió a preguntar a su nuevo amigo:

- Jean, ¿cómo es posible que conozcas a tanta gente?

- Es que me paso la vida en la calle haciendo la acera, como las putas, explicó.

- ¿Pero no eres fotógrafo? ¿De dónde sacas el tiempo?

Jean se limitó a encogerse de hombros.

Unos días más tarde el jefe de la sección de sucesos, Albert Durros, informó a Richard que Cotel había colgado inopinadamente la máquina fotográfica poco después de la guerra y que desde entonces no había

trabajado jamás, aunque seguía cobrando religiosamente su sueldo de informador gráfico, con categoría de jefe de sección. Richard no podía entenderlo. ¡Cobrar un buen salario sin trabajar! Sin duda Cotel era un genio o un caradura, o las dos cosas a un tiempo.

Otro compañero, Robert Gilliert, le aclaró el misterio:

- Cotel no trabaja y, sin embargo, cobra, es cierto, pero te aseguro que se gana justificadamente su sueldo, con creces.

- ¿Cómo es posible ese milagro?, inquirió Richard muy intrigado.

- Muy sencillo: Es el correveidile del director, de monsieur Antoine. Se conoce al dedillo todos los dimes y diretes de la ciudad, los chismes, los chismorreos grandes y pequeños, las habladurías, los rumores, la vida y milagros de las personas más conocidas de Ventjaloux, los ataques de cuernos, las queridas de cada uno, las canas al aire, los que se dedican al juego o a las putas, los que pierden aceite, los que toman drogas, los pederastas, los estafadores, los ladrones, los que no son de fiar, los que están en quiebra o a punto de estarlo... ¿Te das cuenta? Es una información valiosísima para un periódico. Jean tiene docenas de contactos. Ha tejido una red increíble.

- Y claro, el director es el primero en enterarse de todo...

- Por supuesto. Para eso le paga. De esa manera monsieur Antoine está al día, yo diría que al minuto, de cuanto ocurre en Ventjaloux. Cotel, sin trabajar en apariencia, echa más horas que nadie, aunque en la calle. Es un vocacional de la acera. Pero chico, te lo advierto, ten mucho cuidado con él.

- ¿Por qué?

- Porque si se enfada contigo, estás muerto. Tiene una lengua viperina. Irá una y otra vez al director con el cuento de que eres un vago o de

que te dedicas al juego y a la mala vida, de que te han visto un día y otro también en los prostíbulos más infectos... Te acabará hundiendo. Seguro. Así que mi consejo, que vale su peso en oro, es que te hagas su amigo.

Desde entonces Richard cultivó el trato con Cotel. Él fue quien le presentó a muchos miembros de la poblada redacción: al crítico de teatro, que era sordo; a un redactor jefe que tenía escrita su propia necrológica ya que no se fiaba de sus compañeros, pues pensaba que una vez muerto iban a disminuir los muy cabritos sus méritos; del subdirector, que había intentado ser cantante de ópera sin lograrlo; del director adjunto, que había perdido el codiciado puesto de director un aciago día en que se cambiaron en el taller –nunca se sabrá si intencionadamente– los pies de dos fotos en primera página: en la primera debía aparecer el Consejo de Ministros reunido en París y, en la segunda, una feria de burros y mulas, y alguien los intercambió, los “bailó”, con los peores resultados imaginables; a un fullero redactor que vendía fraudulentamente sus entrevistas y pertenecía a una secta integrista acaudillada por un histrión pueblerino...

Al terminar la jornada Richard solía salir con Jean, pues le divertía su compañía, sus inagotables ocurrencias. Iban invariablemente de bar en bar por los barrios bajos, aunque el juego preferido de Cotel, el de si le conocían o no en cada lugar, costó a Foucret una pequeña fortuna. Pero así le tenía contento. Se convirtió en su ojo derecho y, en consecuencia, el director tenía puntual y exagerada noticia de sus iniciales éxitos pe-r-i-o-d-i-s-t-i-c-o-s.

Richard llegó a saber muchas cosas de Jean. A Cotel le gustaba jugar a la lotería. Aseguraba a los miembros de la redacción que acababa de comprar un décimo y ofrecía a todos una participación. Nadie dejaba de picar, ya que temían su labia más que a un letal escorpión del desierto. Pero lo increíble era que el décimo no existía. Nunca existió. ¡Jean se arriesgaba a que un mal día correspondiera el gordo al número que decía haber adquirido y se descubriera el engaño! Por eso la víspera de cada sorteo estaba de malas pulgas, pálido, nervioso, desencajado. Luego,

cuando se daban a conocer los premios y comprobaba que su número, una vez más, no había sido agraciado, se aproximaba a la mesa de Richard y le decía con una sonrisa de oreja a oreja:

- Chico, esta noche invito yo.

Jean era aficionado taurino y no sólo eso: varias veces al año organizaba con un empresario de tres al cuarto novilladas en su pueblo natal, Meuleaun, a pocos kilómetros de Ventjaloux. Invariablemente, el empresario y Jean se quedaban con todo el dinero de la taquilla y no pagaban ni a los banderilleros.

Una tarde Jean preguntó a Richard:

- ¿Quieres venir a una boda?

- ¿Quién se casa?

- ¡Y qué más da! ¡Una boda es una boda! Nos pondremos morados de vino y comida.

Richard había terminado su jornada, así que siguió a su amigo. Fueron en taxi hasta un conocido restaurante de las afueras y se unieron a un numeroso grupo de gentes bien trajeadas. Jean saludó a diestro y siniestro y se acabó sentando en una de las mesas en compañía de Richard, junto a una rubia despampanante, muy escotada. Periódicamente, Jean y Richard gritaban a pleno pulmón:

- ¡Vivan los novios!

Acabaron la jornada con una tajada de capitán general. Tomaron un taxi para volver al centro de la ciudad y Richard preguntó a su amigo:

- ¿De qué conocías a esa gente?

- De nada. Ahí está la gracia.

Repitieron la aventura en buen número de ocasiones. También acudieron a entierros y bautizos. Jean tenía un prodigioso olfato para orientar sus pasos hacia donde hubiera un banquete, ágape o celebración en veinte kilómetros a la redonda. Además en esas fiestas, al igual que en los entierros, no cesaba de recoger información, dimes y diretes, maledicencias y rumores, con lo que seguía cumpliendo con su oficio.

La carrera periodística de Cotel acabó abruptamente. Murió tras atragantarse con un huesecillo de pollo en el banquete nupcial de una pareja, por supuesto, desconocida. Unos minutos antes había recogido un sabroso chismorreó, que había tenido tiempo de transmitir a Richard: ¡Un diputado de derechas acababa de echarse como novio...a un respetado canónigo! ¡Era una bomba informativa! Seguro que monsieur Antoine, que odiaba a muerte a los dos, al canónigo y al diputado, iba a acoger la noticia con especial regocijo.

Richard se encargó de transmitir al director el escandaloso chisme en cuanto tuvo ocasión. Monsieur Antoine quedó tan complacido que le preguntó:


- Richard, ¿quiere seguir los pasos de Cotel? ¿Quiere ser mi informador de cámara? Ya ve que el puesto ha quedado vacante. Ganará lo mismo que un jefe sección.

Foucret no lo pensó dos veces. Desde entonces es el nuevo y temido correveidile del director y recorre más aceras que la más baqueteada de las putas.



UNA DE BOMBEROS

Bárbara Yáñez



Se levantó perezosamente. “¡Otra vez al locutorio!” Últimamente odiaba dar los boletines. Le encantaba la radio y su trabajo. Le encantaba estar en el lugar de la noticia en el momento en que ésta se producía. Le hacía sentir que formaba parte de la historia, que, un poco a su manera, la construía. Porque ahí fuera había personas que conocían los hechos a través de sus ojos, de sus palabras, de su voz. Era una responsabilidad y un privilegio. Y le encantaba.

Pero últimamente el informativo estaba lleno de malas noticias. Más que nunca. La crisis, el desplome de las bolsas, el paro, el aumento de la delincuencia, el terrorismo, las guerras. Ni una buena noticia para compensar todo aquello. 1.000 muertos en Gaza. Otro atentado en Irak. Un terremoto en China. Una oleada de incendios en Australia.

Era una avalancha de sucesos, un torrente de tragedias, una catarata de dramas que caían sobre las personas como una cascada furiosa que arrasaba todo lo positivo, que arrasaba la vida. Las malas noticia salían de su boca a borbotones, como la lava de un volcán que destroza un pueblo, como un vómito sin fin.

Cerró los ojos y deseó parar todo aquello. Quiso tener superpoderes, como los héroes de los cómics. Se concentró y deseó con todas sus fuerzas cambiar las cosas. “Que no sea verdad, que no sea verdad, que no sea verdad”. Cuando los abrió, había desaparecido del guión del boletín la última subida del paro y en su lugar había una noticia sobre el fin definitivo del terrorismo en España.

- “No puede ser”.

Comprobó los teletipos, los diarios digitales, las otras emisoras. Todos lo daban como noticia de apertura. En ese momento tuvo la certeza de que había sido ella, su voluntad. Su deseo se había hecho realidad, había cambiado la actualidad, con superpoderes o sin ellos. Empezó a pensar en las posibilidades de aquello. Podía hacer un mundo a su medida. Si se concentraba lo suficiente, podía acabar con las catástrofes naturales, con el cambio climático, los abusos, la violencia...

“¿Tendré suficiente poder para solucionar el conflicto árabe israelí? Quizá uniendo los esfuerzos de varias personas el efecto se multiplique. Si se lo digo a mis amigos.... A lo mejor si todos los de la radio lo pensamos a la vez, podríamos acabar con el hambre en el mundo...”

- “Lucía, espabila, que llegas tarde al boletín”.

La voz del técnico le sacó de sus ensoñaciones. Le costó volver a la realidad. Miró el guión del informativo, que abría, como antes, con la subida histórica del paro. Suspiró y se encaminó hacia el locutorio arrastrando los pies, resignada.

- “Habría sido bonito, ¿verdad?”

